

TRIGUEIRINHO



Mensajes
para su
transformación

 JARDIM
EDITORIA

Mensajes para su transformación

Artículos publicados los domingos, en el periódico *O TEMPO*.

TRIGUEIRINHO

Mensajes
para su
transformación

 JIRDIN
EDITORIA

Copyright © 2015 José Trigueirinho Netto

Titulo original en portugués:
Mensagens para sua transformação
Publicado por Irdin Editora

Mensajes para su transformación

Los recursos generados por los derechos autoriales de todos los libros de Trigueirinho son revertidos en el mantenimiento de la Fraternidad – Federación Humanitária Internacional y sus afiliadas.

Portada, revisión y diagramación:

Equipo de voluntarios de la Associação Irdin Editora

Datos Internacionales de Catalogación de la Publicación (CIP)

Trigueirinho Netto, José

Mensajes para su transformación / Trigueirinho –
Carmo da Cachoeira: Irdin, 2021.

133p.

ISBN 978-65-88468-16-6

1. Espiritualidad. 2. Autoconocimiento. I. Título.

CDD: 133

Derechos reservados

ASSOCIAÇÃO IRDIN EDITORA

Cx. Postal 2, Carmo da Cachoeira – MG, Brasil | CEP 37225-000

Tel.: (55 35) 3225-2252 | (55 35) 3225-2616

www.irdin.org.br

Esta edición fue impresa en agosto de 2021,
en las *Artes Gráficas Formato Ltda.*,
en sistema offset, papel offset 90 g.

IMPRESO EN EL BRASIL

“Por detrás de la superficie de las cosas
hay un mar de consciencia perfecta
en la que siempre podremos sumergirnos.”

La Madre

Sri Aurobindo Ashram – India

ÍNDICE

- 9 Presentación
- 11 El planeta vive hoy una época de grandes desafíos
- 15 Los sueños como poderosos aliados en
la evolución del hombre
- 19 Con el poder de decisión podemos eliminar
la culpa y practicar actos opuestos
- 23 Para trascender sentimientos de autopiedad
y autocomplacencia
- 27 La importancia de la donación en la circulación
de bienes
- 31 Cómo la familia puede tornarse un campo
de evolución
- 35 Desapego, la llave para la verdadera libertad
- 39 En el corazón es donde podemos curar
nuestros apegos
- 43 Una sintonía con la espiritualidad abre camino
hacia la salud
- 47 La purificación que el sufrimiento realiza
en nosotros
- 51 En la verdadera cura, vamos al encuentro de la
esencia divina en nosotros
- 55 La perspectiva de vivir tiempos de gloria en medio
del desorden
- 59 La necesaria búsqueda del equilibrio y de la
armonía por parte de la humanidad
- 63 La armonía por medio de la integración entre la
mente y el corazón

- 67 Por medio de la oración descubrimos lo que realmente sostiene a la vida
- 71 Las apariciones de la Madre del Mundo en los momentos actuales
- 75 Impulsos para reconocer el gran potencial interno que tenemos
- 79 El mundo interior es receptivo a nuestras preguntas
- 83 Quietud y recogimiento: una fuerza que pocos conocen
- 87 El reloj de los ciclos anuncia una nueva vida
- 91 La sabiduría del amor verdadero debe tocar cada corazón
- 95 Opciones valiosas para la evolución espiritual
- 99 Devoción y búsqueda de la unión con lo más alto
- 103 El momento de seguir el camino de la vida guiado por la voluntad del Alma
- 107 La elevación de nuestra consciencia a otros planos de vida
- 111 Las luces del despertar y de las virtudes sublimes
- 115 El despertar a una vida en unión con el espíritu
- 119 Vivencias internas en el camino de la búsqueda espiritual
- 123 La luz pura que se revela en el camino espiritual
- 127 Vislumbre de la perfección que aguarda a la humanidad
- 131 La vida vista por el alma se torna más amplia

PRESENTACIÓN

*“Dos realidades hoy transcurren paralelas:
por un lado se agrava el estado de caos
planetario; por otro, se acelera el ritmo
de la evolución espiritual de la humanidad.”*

Trigueirinho

Del libro – *De las Luchas a la Paz*

Irdin se siente honrada en publicar un libro más de Trigueirinho. Para preparar *Mensajes para su transformación*, seleccionamos artículos del autor publicados, los domingos, por el diario *O Tempo*, de Belo Horizonte, Minas Gerais, Brasil.

Nos encontramos con temas, entre varios, como la importancia de la búsqueda de la armonía interna y externa para el mantenimiento de la salud, el estímulo al servicio altruista, la quietud y el silencio como facilitadores para el contacto interno, la sintonía con niveles superiores de consciencia, la oración como eslabón con lo más Alto y la observación de los acontecimientos planetarios actuales como prenuncios de una nueva era.

Sentimos, al recorrer los capítulos de este libro, que nuestro horizonte se amplía y que se abren nuevas perspectivas. Leer a Trigueirinho tiene el sabor de alejarnos de la vida cotidiana, con sus conflictos y desafíos, para vislumbrar una nueva vida, vida que despierta desde nuestro interior. Somos llevados, entonces, a repensar nuestros hábitos, nuestras elecciones, nuestras actitudes y, gradualmente, a experimentar otra realidad, la que nos espera desde siempre...

Tenemos, en las páginas que siguen, indicaciones precisas para recorrer el camino seguro del “corazón”, nuestro espacio interno que recibe los mensajes que provienen de los niveles superiores de la conciencia. Trigueirinho aclara, mientras tanto, que solo cuando trabajemos la quietud y el silencio comenzaremos a oír la “voz del corazón”. Él también señala que la era de paz, hace tanto tiempo profetizada, se aproxima; es tiempo de que descubramos el manantial de Luz que acoge nuestro interior, la sabiduría del Amor que él contiene. Trigueirinho complementa diciendo que la oración sincera es un puente para el “corazón”, y que allí encontraremos la Verdad. “Y conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres”. (Evangélio según San Juan, 8:32).

Que los mensajes que componen este libro traigan al lector un expresivo impulso para rever sus aspiraciones y la determinación para transformarse.

Irdin Editora

El planeta vive hoy una época de grandes desafíos

Esta época presenta grandes desafíos. Los valores éticos parecen haber desaparecido, los diferentes sistemas de gobierno se muestran inadecuados, la violencia y el hambre aumentan sin límites, la ciencia se pierde en tecnologías y la Naturaleza, explotada, reacciona. Sin embargo, la desesperanza está con los días contados. Un nuevo estado de ser surge en varios puntos del planeta, y un número cada vez mayor de personas comienza a reconocer a una mente superior.

Se puede percibir la manifestación espontánea de ese nuevo estado, sobre todo en algunos niños antes de que entren en la educación común, con programas escolares que se restringen solo a la parte externa del ser humano. Para que la mente superior pueda expresarse en los adultos, estos tendrán que decidirse a no quedar estancados en el vivir normal, e ir al encuentro de la propia fuente interna de conocimiento, paz y alegría. Lo cierto es que un mundo nuevo está listo en las profundidades del corazón de la humanidad. Durante milenios, se plantaron y

regaron semillas, y su despuntar, esperado hace mucho, ahora se deja vislumbrar.

Hace siglos, Santa Teresa de Ávila ya tenía claridad sobre el gran tesoro que constituye esa fuente interna en el ser humano y del intenso trabajo que, en general, se requiere para contactarla. Llegó a decir que no se debería desistir, viniera lo que viniese, costara lo que costase, sea que se llegase al final, sea que se muriese en el camino. La fuerza para recorrer esa senda proviene de nuestra propia consciencia superior, que está fuera de la influencia del tiempo y del espacio. Y, ¿cómo podemos llegar a eso? Estando en soledad y mirando hacia dentro de nosotros mismos, nos recomienda Santa Teresa.

“Sé simple... Sé simple”, sugirió a su vez La Madre, Mira Alfassa, instructora del Ashram de Sri Aurobindo, en la India, Pionera que, a mediados del siglo XX, comprendió profundamente la naturaleza oculta de la vida de las células, percibió las inmensas posibilidades que el surgimiento de un nuevo estado de ser aportaría y presentó claves para facilitar tal proceso. “Todas las complicaciones vienen de la mente y del cerebro”, nos dijo en su *Agenda*. Y lo que La Madre llama simple, no es nada más que una espontánea alegría en la acción, en la expresión, en el movimiento, en la vida. Ella propone el reencuentro de esa condición divina, verdadera y feliz en nuestro interior.

Leyes aún desconocidas surgen en la vida de cada uno de nosotros. Hoy tenemos la impresión de

estar siempre reiniciando y de que todo transcurre a más velocidad. Somos invitados a trascender el sentido, hace tiempo desarrollado y siempre alimentado, de que somos individuos separados unos de los otros. Los límites de la mente racional están listos para ser superados, y este es el momento de la transición.

A partir de sus experiencias interiores, La Madre reveló cómo ir más allá de esos límites: al sentirnos bajo la presión de los hábitos de la vida común, debemos recolocarnos por entero en el presente, sin la influencia de los recuerdos del pasado. Así con la ayuda, evocada sin cesar, de los niveles más elevados de nuestra consciencia, el movimiento correcto se restablece.

La humanidad está siendo estimulada a dar un paso para que nuevas condiciones de vida puedan instalarse en la superficie de la Tierra. Algunas bases han comenzado a consolidarse. Para un número creciente de personas, las metas materiales ya no despiertan interés. Su búsqueda es fortalecer la unión con la esencia del ser.

Los sueños como poderosos aliados en la evolución del hombre

En la evolución de un individuo, existen fases en las cuales las transformaciones son más lentas, lo que se explica muchas veces por compromisos y concesiones a las partes más viejas de su ser. Mientras tanto, hay períodos en los que se operan rápidos cambios, y los sueños pueden ser valiosos en la preparación para ellos.

A veces, un sueño se repite justamente para que le dediquemos la atención necesaria; el propio hecho de repetirse significa que es bueno reexaminarlo, pues contiene alguna lección especial. Puede suceder también que lo hayamos estudiado, aunque no en todos los detalles. En ese caso, su mensaje vuelve en forma de nuevo sueño o incluso de recuerdo para que tengamos la oportunidad de observar lo que en una ocasión anterior pasó desapercibido. Si un sueño se refiere a una transformación a largo plazo, puede aportarnos ayuda para diferentes etapas de nuestra caminata.

Los sueños constituyen poderosos aliados de la evolución del hombre, pues por medio de ellos es capaz de participar de la vida en varios niveles de realidad y de consciencia.

Sugerimos a continuación algunos cuidados que podemos tener para estar, de forma más consciente, frente a los sueños.

Ser cándidos con los demás es uno de los puntos clave para tornarnos conscientes de los sueños. A su vez, el espíritu crítico carga a la mente con tensiones que vuelven rígido al cerebro, afectando la sensibilidad. Del mismo modo, es necesaria la simplicidad de corazón, que surge cuando enfocamos la consciencia deteniéndonos en el alma, cuando nos recordamos de ella con frecuencia. Con la práctica de tener la candidez siempre en mente, nos transformamos en personas simples, menos orgullosas o vanidosas.

La generosidad es otra cualidad importante que debemos desarrollar para que la vida de sueños se torne útil. Ella nos coliga con niveles de existencia más elevados y disuelve el egocentrismo, uno de los mayores obstáculos para la claridad de visión frente a los sueños. Los egocéntricos, que solo piensan en sí, se distancian del mundo superior, que presente dentro de ellos no lo perciben.

El hecho de tener buena energía, de estar bien vitalizados durante el día, es bueno para el proceso de descubrimiento interior de la vida onírica. La desvitalización produce inercia, deja al cerebro letárgico. Si ese estado energético es ocasionado por el modo como vivimos, es una prioridad colocar orden en nuestra vida cotidiana.

Si actuamos por interés, con excesiva preocupación por obtener resultados, quedaremos ligados a la vibración terrestre y permaneceremos en ese nivel cuando vayamos a dormir, dificultando así la consciencia de la vida de sueños. Esto no quiere decir que no debemos ser prácticos, pues se trata de una condición necesaria para enfrentar de manera correcta la vida física. Lo que debe evitarse es actuar solo buscando algo a cambio. En el sueño, esa “practicidad” es inútil, pues en las dimensiones sutiles no es necesario luchar para tener aquello que se necesita. Todo nos viene como un pase mágico, si tuviera realmente que venir.

Se cuenta que, cierta vez, Mozart tenía que componer una pieza musical y recorriendo la ciudad en un carruaje se adormeció sentado en el asiento. Aunque el vehículo se sacudiese mucho, logró dormirse. Entonces, soñó con la pieza que debía componer, oyéndola entera. Cuando el carruaje llegó a destino, se despertó y pudo escribirla.

Frente a ese hecho ilustrativo, nos queda preguntarnos: ¿será necesario ser siempre utilitaristas?

Con el poder de decisión podemos eliminar la culpa y practicar actos opuestos

¿Cómo hacer para liberarnos de un sentimiento de culpa? Indagamos muchas veces. Sabemos que este tipo de sentimiento no nos ayuda a mejorar, pues de esa manera no compensamos nuestros actos negativos. Como vamos a ver, ese equilibrio se logra cuando practicamos actos de cualidad diferente.

El sentimiento de culpa provoca la pérdida de una energía que podría ser canalizada de forma evolutiva, quizás hasta para reparar los actos practicados. Pero ¿qué hacer para no dejar que ese sentimiento, que tanto desvitaliza, se instale en nosotros?

Uno de los primeros pasos para liberarnos de la culpa es comprender mejor por qué erramos. En general, erramos por ignorancia. Erramos porque desconocemos las leyes superiores de la existencia, porque estamos habituados a las leyes más inmediatas y materiales.

Cuando desconocemos las leyes superiores, nuestra responsabilidad por los errores es menor, pues solo podemos actuar de acuerdo con leyes más pro-

fundas y universales cuando comenzamos a salir de la ignorancia. La responsabilidad es proporcional al desarrollo de la consciencia. Por lo tanto, no debemos culparnos por algo que no podríamos haber hecho de otra forma, por desconocimiento. Por el contrario, reconocer un error practicado indica un nuevo despertar en la consciencia, y por eso debemos tener alegría.

Otro paso es equilibrar nuestras faltas con actos contrarios a los cometidos. Si tomamos consciencia de que nuestro comportamiento normal puede encuadrarse en las leyes de la convivencia normal, la que no siempre obedece a las leyes universales como la del Amor-Sabiduría, es probable que reconozcamos que hacemos cosas indebidas. Si nos dispusiéramos a equilibrar nuestras fallas, esas mismas leyes superiores nos ofrecerán una oportunidad para eso. Solo nos corresponde reconocer la oportunidad y, frente a ella, actuar de manera nueva.

La persona inteligente y decidida a actuar de forma correcta no necesita caer en la trampa del sentimiento de culpa. Puede canalizar su energía hacia actos positivos y así compensar, de forma efectiva, lo que hizo. Y, gracias a la incomodidad moral en la que se encuentra, puede sintonizarse con las leyes superiores, aún incomprendidas para la mayoría. La Ley del Amor-Sabiduría, a la que nos referimos, rige la práctica de un amor universal con todos los seres de todos los reinos, y nos lleva a un equilibrio más amplio, y no solo al amor humano que, por dirigirse

únicamente a criaturas o a situaciones aisladas consideradas separadas del Todo, termina por aprisionarnos y no por liberarnos.

La culpa atrae al arrepentimiento. A pesar de no ser suficiente, el arrepentimiento es una actitud fundamental para la cura y el perdón, pues desplaza las fuerzas que motivaron el acto incorrecto. Sin ese desplazamiento podemos reincidir en el error, en aquel sector de la vida o en otro y, así, no llegaremos al equilibrio anhelado y la voluntad se debilitará. El perdón es una oportunidad de equilibrar hechos pasados y llega cuando hay determinación de tomar la dirección correcta. Con el poder de decisión podemos eliminar el sentimiento de culpa y practicar actos opuestos.

En realidad, el error no existe, solo existe la experiencia adquirida, aprendizaje del que surge la madurez. La culpa surge cuando todavía no expresamos el potencial que existe dentro de nosotros. Debemos, pues, asumir ese potencial interno y de ello surge un gran sentido de libertad.

No hay situación externa que pueda impedir la evolución, el crecimiento de un ser. Solo él mismo puede retardar sus propios pasos.

Para trascender sentimientos de autopiedad y de autocomplacencia

En nuestra vida diaria vemos a muchas personas que se ofenden, que no están contentas y reaccionan ante lo que les sucede. Vemos también cómo se alteran cuando perciben las faltas que cometieron. Suelen oscilar entre los extremos: van del autocastigo a la autocomplacencia, pasando por la autocompasión emocional y otros estados equivalentes.

Cuando cometemos alguna falta, el flujo natural de la vida se restringe. Sin embargo, la vida no para y en seguida retoma su propio ritmo. Cada vez que nos castigamos por una falta, retrocedemos al momento en el cual ella ocurrió y volvemos a detener ese flujo.

Si estamos dispuestos a ampliar la consciencia, si realmente aspiramos a perfeccionarnos y a aprender lo necesario para no repetir nuestras fallas, no tenemos por qué castigarnos por ellas. Sabremos que en el momento correcto se nos dará la oportunidad de reajustarlas de la mejor manera.

Al actuar de ese modo no estaremos huyendo, sino entregándonos a la armonía universal. Con tal

entrega, nuestra acción puede ser equilibrada sin estancarnos en un punto que, al final, ya no es el nuestro. Y, si después de ese reconocimiento hubiéramos aprendido la lección que nos correspondía, lo indicado es no pensar en lo que hicimos. De ese modo, estaremos contribuyendo aún más para que el equilibrio se restaure con facilidad.

La autopiedad es un sentimiento que nos cierra el corazón. Evitar la autopiedad significa cultivar la neutralidad con respecto a nosotros mismos, manteniendo, de ese modo, el corazón receptivo a las energías superiores, que vienen de lo Alto. Siempre que nos dirigimos a nosotros mismos con autopiedad, obstruimos nuestro espacio interior, no permitimos que la energía circule en él.

De la autopiedad puede surgir la impresión de que el servicio prestado al Plan Mayor, al Plan de Dios, es un sacrificio. En verdad, todo lo que se realiza con autopiedad no tiene valor desde el punto de vista espiritual. Por mayor que sea el servicio, sus efectos sutiles son anulados por ese sentimiento.

Un gran Maestro dijo una vez que, si un colaborador del Plan de Dios para la Tierra considera sacrificio lo que está haciendo, su cooperación se torna algo mecánico y no agrega nada a la luz que él ya tiene.

Mientras que, la autocomplacencia es complacerse a sí mismo, es la tendencia a autogratificarse, autopremiarse, a satisfacer los propios deseos y caprichos, a condescender consigo mismo.

Hay personas que no pueden oír una observación sobre su comportamiento sin alterarse, sin reaccionar incluso contra aquel que hace la observación de modo constructivo y fraterno. Al proceder así, son condescendientes consigo mismas, lo que es negativo y contrario a toda la enseñanza espiritual. La complacencia mantiene nuestros hábitos y comodidades, y la enseñanza espiritual es opuesta a tal tendencia.

Cuando cometemos algún error, nuestro siguiente acto es el que va a mostrarnos si lo reconocimos. Si lo justificamos y nos disculpamos por él, es señal de que estamos movidos por la autocomplacencia. Mientras nos justifiquemos, a nosotros mismos o ante los demás, estamos perdiendo una oportunidad de renovarnos. En realidad, no nos tenemos que disculpar de nada. A nosotros solo se nos pide hacer lo mejor de allí en adelante.

Los cooperadores del Plan de Dios no pierden tiempo en justificarse ni en complacerse, sino que se dedican a ser cada vez más amplios y a dar cada vez más de sí.

La importancia de la donación en la circulación de bienes

Los hombres establecen tres tipos de actividades fundamentales con el dinero, el oro y los bienes materiales: la primera, de compra y venta, en la cual los bienes materiales son intercambiados por dinero u oro; la segunda, la del préstamo de dinero, de oro o bienes materiales a alguien que queda obligado a restituirlos; la tercera actividad es la de donación a otro.

Esas tres formas de relacionarse con el dinero, con el oro o con los bienes materiales, tienen valores diferentes, desde el punto de vista espiritual. En la primera, los participantes solo no crean vínculos entre sí, en cuanto la transacción es del agrado de todos y si ellos la consideran justa. En la segunda, el que presta queda ligado de alguna forma con las actividades que el otro desarrolla para poder pagar la deuda. Los métodos usados para ganar lo que debe ser restituido entran en un tipo de deuda generada por ambos: tanto para quien pidió como para el que prestó. En cambio, la tercera forma es la única que podemos decir que está dentro de la ley espiritual. La donación es la forma más libre de relacionarse con el dinero o con

cualquier bien, siempre que se realice con la actitud correcta. En las otras dos modalidades de relaciones con el dinero y el oro, es imposible la ausencia de apegos o de cualquier compromiso interior.

En cambio, una donación completamente libre y no condicionada a apegos por parte del donante, ni incluso en cuanto a agradecimientos, es la manera de tratar con los bienes que está más próxima a la vibración espiritual y a las leyes superiores. Las dos primeras, aunque correctas frente a las leyes humanas, infringen leyes mayores, leyes divinas. En realidad, los bienes deberían ser de todos y por lo tanto, compras, ventas y préstamos son características de las civilizaciones que conocemos y que todavía no conocen el verdadero orden del Universo.

Es bueno saber que el espíritu de la verdadera donación lleva al ser humano a liberar lo que está en sus manos, sin la menor preocupación por obtener retorno ni cualquier privilegio, ni siquiera espiritual. Premios o recompensas, como también el control sobre el destino de los bienes donados, le parecen extraños, cuando él está impregnado de desapego incondicional.

El verdadero donante sabe que, en verdad, el nada dio; sabe que todo pertenece a la Vida Única y que, por lo tanto, nada de lo que pasa por sus manos es suyo. Él es un mero intermediario para que algo sea transferido de un lugar a otro, o de una mano a otra. Es solo un instrumento de una administración

divina y no ambiciona nada, porque ella es la propia abundancia.

Siendo así, en una donación auténtica no existe quien da ni quien recibe; ambos están conscientes de que son meros depositarios de lo que no es de nadie en particular, sino que es del Todo. Cuanto más libre es ese flujo, más libres de vínculos terrestres se tornan los bienes materiales donados. Cuando un individuo hace realmente una donación, él se libera de apegos materiales y humanos porque está representando, en aquel momento, a la fuente única de todos los elementos; fuente que ve a las criaturas como miembros de un único cuerpo: la Humanidad.

En verdad, podemos decir que la abundancia cósmica está disponible para los que distribuyen sus dádivas, porque de esta manera, sirven de canal para que ella se difunda. Esas dádivas van a donde son más útiles, siendo el servidor-donante un mero intermediario entre la abundancia y la necesidad.

Cómo la familia puede tornarse un campo de evolución

En general, falta en los hogares la cualidad energética requerida para que las almas se sirvan de ellos como campo de evolución superior. Incluso en los que todavía logran mantenerse organizados, se suele cuidar solo de la evolución material y del mantenimiento de los patrones establecidos por la sociedad, que son frustrantes para las almas. Así, las almas que tienen que realizar obras universales y amplias en el plano físico necesitan del contacto o de la convivencia con núcleos despojados de lazos familiares, donde se les da la oportunidad de diluir afinidades restringidas al parentesco y liberarse de apegos.

A propósito de las relaciones en el grupo familiar, tengamos en cuenta algunas conductas que podrían facilitar la convivencia, en sentido espiritual. Una de ellas sería que el individuo sea responsable y cuidadoso con los familiares tanto como con las demás criaturas, evitando afectos especiales y apegos que aprisionan, los que son estimulados por los hábitos y la cultura tradicional. Otra conducta sería tratar de no incentivar conflictos que provengan del hecho

de que los miembros de la familia tengan diferentes intereses o caminos, lo que es común en el desorden de los tiempos actuales.

Como gran parte de las familias se constituyen en escuelas de perfeccionamiento y oportunidad de purificación, es probable que si uno de sus integrantes actúa de forma inusitada, y fuera de los patrones de la mayoría, irrite a los demás y provoque su antagonismo. En esos casos la imparcialidad, la neutralidad, debe ser evocada y desarrollada por él. Así, tendrá más facilidad para evitar conflictos, y el legítimo espíritu fraterno prevalecerá y se manifestará de un modo cada vez más universal.

Los vínculos familiares no son necesariamente limitantes, pero es raro que no lo sean. Uno de los pocos ejemplos que se conocen en el cual los miembros de una familia se ayudaron los unos a los otros, despojados de la necesidad de experiencias humanas, fue el de Teresita de Lisieux. Los padres de Teresita, que poseían profundas aspiraciones espirituales, tuvieron nueve hijos, de los cuales solo cinco mujeres sobrevivieron; y todas ellas adhirieron a una vida de consagración a Dios. Por las características que los integrantes de aquella familia presentaban, sin excepción, se ve que eran un grupo de almas dedicadas más a la expresión de energías espirituales superiores que a la satisfacción de deseos o a la realización de proyectos de orden personal, material y externo.

En términos ideales, la institución familiar debería desempeñar el papel de primer instructor del individuo que en ella viviese, preparándolo para encontrar la propia regencia interna y para reconocer la parte que le cabe en el progreso del mundo. Sin embargo, de manera general, la familia no está capacitada para cumplir tal papel y el ser encuentra más obstáculos que facilidades para percibir realidades universales en el campo afectivo y en el espiritual.

La familia, como institución, está cargando un pesado karma, difícil de resolver si los que la integran permanecen en el nivel de los lazos de mera afinidad o de rechazo. Una parte de los actuales problemas de las relaciones en la familia se debe a eso; también se debe al hecho que, como grupo social, ha perdido sentido para muchos.

Actualmente, cuando las instituciones creadas para ayudar a los seres inexpertos se desmoronan (como la familia, las religiones, el estado y otras), se requiere tener verdadera necesidad de llegar a la efectiva vida espiritual para emprender tal búsqueda por sí mismo y con el mínimo apoyo externo.

Desapego, la llave para la verdadera libertad

Sabemos que el ser humano, valiéndose del libre albedrío, suele hacer elecciones considerando en especial sus necesidades y deseos individuales. En pocos casos tiene en vista la necesidad general o algún aspecto del plan evolutivo, divino. Debido a eso, genera más débitos que créditos kármicos en la vida y poco equilibra ese estado de desarmonía, pues no es neutro al punto de no continuar estableciendo vínculos.

Quien busca el camino espiritual se dispone a la manifestación del bien, de la verdad y de la belleza en el propio ser y en el universo. Sin embargo, la más elevada expresión de armonía en la vida requiere plena libertad, soltar todos los lazos que ligan la consciencia a la materia, aun los positivos. Para eso, es necesario más que buenas acciones equilibradoras de actos negativos: es necesario neutralidad al actuar.

En realidad, se camina hacia la verdadera liberación no solo practicando el bien y sembrando así un futuro promisorio, pues eso produce lazos positivos.

La liberación proviene del desapego de todo lo que se hace, se siente o se piensa. No obstante esta condición marque una adelantada etapa de desarrollo, hay quienes se esfuerzan para alcanzarla, a pesar de que el medio ambiente en general estimule involucrarse emocional y mentalmente con lo que pasa dentro y fuera de las personas.

Cuando la persona ya no tiene apego a ningún acto positivo ni negativo, puede trascender su vinculación con los hechos y, por lo tanto, con su destino. La recomendación de “estar en el mundo sin ser del mundo”, que dio Jesús, sintetiza esa anhelada situación.

La araña crea su universo sin atarse a él, teje su tela sin enredarse en ella. Pero el hombre, al construir su vida sobre la Tierra, en general se mezcla con ella, se apega a lo que hace y crea. Es como si estuviese preso en un aposento y una vela pequeñita fuese toda la luz de la que dispone. Ve de modo difuso y hace muchas experiencias en su tan querida prisión. Teje su tela con pensamientos, sueños, deseos y objetivos personales. Así construye la propia vida, incluso sin conseguir ver el verdadero diseño desde siempre planificado para ella. Queda enmarañado en los hilos: nada aprendió con la araña.

Sin embargo, en cierto momento, ese tejedor oye dentro de sí la orden de destruir su amada tela. Es cuando comienza a entrenar el desapego, a desatar los lazos antiguos y a evitar la creación de relaciones superfluas.

Siempre que es posible, el destino le presenta al ser tareas altruistas, que no tienen en mira solo el lado material de la vida. Esa oportunidad de desarrollo, más allá del plano material, tan necesaria para un individuo como para la humanidad entera, permite uno de los pasos más importantes para la liberación, el desinterés por los resultados de la propia acción, el desapego, la plena donación de sí, lo que en los tiempos presentes tiene amplias y especiales repercusiones.

La vida sobre la Tierra debe pulsar cristalina. Esencia y forma deben unificarse, siendo el hombre el eslabón para esa unificación. El dolor, presente en la vida humana debido a la trama de las acciones que deben ser equilibradas, no enturbiará más los ojos de los que se entreguen a esa esencia.

La Tierra se transforma con rapidez. Los que asumieron el compromiso de colaborar con esa transformación evolutiva, descubren en sí la alegría de servir y de donarse. El desapego encuentra en ellos campo fecundo, pues los seres desapegados aprenden que la forma es efímera y la esencia, incorruptible.

En el corazón es donde podemos curar nuestros apegos

Sabemos que el apego es algo que todos tendremos que superar algún día. Surge cuando no comprendemos el lado interno, espiritual de la vida, cuando no estamos en contacto con la esencia de las cosas. Por falta de ese contacto, quedamos habituados, acostumbrados a la forma que reviste toda y cualquier esencia, y nos apegamos a ella.

La vida puede llevarnos a cambiar de actividad externa de manera frecuente. En ciertas circunstancias podemos permanecer en una profesión por algún tiempo y después pasar a otra muy diferente. Pero, si lo que nos mueve es la intención de evolucionar y de servir mejor, y no alguna predilección por la forma externa del trabajo, podemos percibir continuidad aun cuando pasemos para una actividad aparentemente opuesta. Nuestra intención de servir y mejorar, y no la forma externa de las actividades, es el hilo que puede relacionar las diferentes etapas por las que pasamos, dándonos la impresión de coherencia y armonía, en lugar de inconvenientes y contrastes.

Si consideramos los cambios con superficialidad, como si fuesen incomodidades, las transformaciones nos pueden parecer drásticas. Mientras tanto, si las vemos con más atención, percibiremos que no hay ninguna diferencia entre las variadas actividades cuando las ejercemos con el mismo espíritu. El espíritu con el que se hacen las cosas es lo importante. El espíritu, la intención, es lo que da unidad.

La cura de los apegos soluciona los más diversos problemas. Por medio de ella podemos encontrar respuesta a muchas preguntas: “¿Cómo percibir la esencia de lo que nos rodea?”; “¿cómo no perder la armonía y la belleza que conocemos de antiguas civilizaciones?”; “¿cómo no perder el amor de aquellos que parten?”; “¿cómo no sentirnos inactivos si nuestro trabajo termina o es interrumpido, o si quedamos imposibilitados de trabajar por algún motivo?”; “si perdemos bienes materiales, ¿cómo no sentirnos privados de ellos?”; “¿cómo, en fin, encontrar la esencia de las cosas?”.

La respuesta para todas esas preguntas es una sola: ir hacia dentro del propio corazón, hacia dentro del propio ser. Allí, la consciencia del alma, que es universal, nos aguarda desde siempre.

“¿Cómo hago para desapegarme de una idea?”. Vaya hacia dentro, a su corazón. “¿Cómo hago para desapegarme de mi actual manera de ser?”. Vaya a su corazón. “¿Cómo hago para soltarme de lo que me retiene?”. Vaya a su corazón, en dirección a su centro.

“¿Cómo hago para trascender mis defectos?”. Vaya a su esencia, a su corazón. “¿Cómo hago para superar mis complejos?”. Vaya a su corazón, hacia dentro de sí, hacia su ser profundo.

“¿Cómo hago con esa enfermedad que los médicos no saben tratar?”. Busque luz en su corazón. “¿Cómo hago con mis hijos, que no sé educar?”. Vaya hacia dentro de su ser y allí encontrará el amor para tratarlos. “¿Cómo hago para colmar el vacío que siento en mi vida?”. Vaya a su corazón. “¿Cómo hago para resolver mi inseguridad y mis miedos?”. Vaya a su corazón.

En el corazón es donde se curan los apegos, porque allí está la esencia de todo. Allí nada nos falta.

Las dificultades se resuelven de forma simple cuando se nos permite penetrar la esencia de las cosas, cuando finalmente conocemos la fuerza universal del propio corazón.

En el camino interior los únicos equipajes necesarios son el amor y la prontitud para servir. Por encima de la mente hay una luz indicando la dirección segura.

Una sintonía con la espiritualidad abre camino hacia la salud

En la actualidad, millones de personas necesitan de cura.

Cuando tratamos de comprender lo que es la enfermedad, percibimos que ella es independiente de nosotros. Aunque sea parte del planeta en el que vivimos, surge en nuestro cuerpo físico, en el mental y en el emocional, pero no en aquella parte que habita dentro de nosotros, el alma, que no es de naturaleza material.

Una de las tareas de la humanidad es disminuir la tendencia a la enfermedad, que impregna todo lo que es material, y la forma de trascender los niveles de consciencia en los que las enfermedades se manifiestan, es enfocarnos en niveles más elevados, niveles espirituales de nuestro ser que son inmunes a ellas.

La atención de la mayoría está concentrada en el cuerpo físico y en los propios sentimientos e ideas. Y es en esos niveles de consciencia donde las enfermedades se instalan. Pero hay otros, no infectados, a los que podemos tener acceso. Los niveles intuitivo y

espiritual, por ejemplo, están más allá de la mente y abren camino para la salud, pues están en sintonía con energías solares y extraplanetarias, y constituyen una especie de esfera de protección no solo para los seres humanos, sino también para todo lo que los rodea.

La focalización de la mente en el nivel intuitivo y en el espiritual exige reeducación. Durante épocas enteras fuimos habituados a pensar solo en enfermedades, a considerarlas opositoras y a prevenirnos contra ellas.

Si durante la vida permanecemos con la atención solo en el cuerpo físico, en las emociones y en los pensamientos, no nos liberaremos de las enfermedades. El sentido real de la vida es reconocido cuando nos volvemos conscientes de que tenemos un núcleo espiritual portador de energías universales y curativas. Como el propio hecho de saber eso nos conecta con ese centro interno de poder, solo nos resta retirar la atención de los niveles enfermos y colocarla en él.

Cuando busquemos contacto con el mundo intuitivo y con el espiritual, donde se encuentran guardadas las ideas divinas que dieron origen a la Tierra y a nosotros, estaremos en el camino de la cura. Podremos, entonces, usar los tratamientos disponibles en la medicina y en la psicología, si fuese necesario, mas sabremos que son recursos accesorios y que la cura proviene de regiones profundas de nuestro ser.

Nuestro núcleo espiritual conoce la idea divina que nos dio origen y su voluntad es realizarla en

plenitud. La voluntad humana, sin embargo, actuante en los niveles físico, emocional y mental, la mayoría de las veces es opuesta a la del núcleo espiritual. Ese distanciamiento entre la voluntad espiritual y la voluntad humana es otra causa de desequilibrio, que nos predispone a las enfermedades naturalmente presentes en el planeta.

Incluso dentro de la coyuntura terrestre podemos estar menos predispuestos a enfermedades, lo que depende de nuestra sintonía con la voluntad espiritual.

Si contactamos los niveles superiores de conciencia, niveles que están más allá de la mente, facilitamos la armonización de la voluntad humana con la voluntad espiritual. Para eso, uno de los pasos es preguntarnos: “¿Cuál es la voluntad superior para mí?”, “¿Cuál es mi verdadera vida?”.

Pero, al hacernos esas preguntas, nuestro lado humano intenta disuadirnos y nos dice: “No se involucre con eso”, o “Cuidado con esas preguntas, usted puede perder algo, es mejor no arriesgarse”. Esas voces provienen del viejo hombre que está en nosotros.

Las condiciones de la existencia material se tornan cada vez más difíciles y eso nos impulsa aún más a que busquemos el verdadero camino y la realización de la voluntad espiritual. Tenemos un trabajo evolutivo para realizar, nos aguarda un amplio servicio al prójimo y al planeta que habitamos.

La purificación que el sufrimiento realiza en nosotros

El sufrimiento físico suele ser el más temido por la mayoría de las personas. Cuando es agudo o prolongado, en general es consecuencia del rechazo que tenemos a atender el llamado espiritual, en tantas oportunidades que tuvimos para reconocerlo.

Nuestra actitud frente al sufrimiento determina mucho de lo que sucederá. Cuando es comprendido y aceptado y cuando modificamos en la propia vida las actitudes que la enfermedad está indicando como causa de desequilibrio, las células aprenden a convivir con el dolor. Entonces, adquirimos cierta inmunidad frente a él. Eso sucedió con alguien que conocemos. Era una persona que tenía una enfermedad en el cerebro que le provocaba muchos dolores. Por la enfermedad desarrolló una gran comprensión, transformó su modo de vida y, antes de partir de este mundo, nos envió un mensaje diciendo que había aprendido a convivir con el dolor.

Aunque el dolor llega al límite de lo soportable, se suaviza cuando es aceptado y, entonces, puede ex-

perimentarse una paz inédita. Eso fue lo que ocurrió con otra persona que conocemos. Debido a un cáncer en el abdomen, tenía dolores agudos. Nos relató que, a cierta altura, los dolores desaparecieron y fue como si su ego hubiese desaparecido también. Tomó consciencia de sí en otro plano de existencia. Sus sentidos internos se abrieron y así percibió haber alcanzado lo que las personas buscan sin jamás encontrar: una paz más allá de toda comprensión. Fue una experiencia, según ella, inolvidable.

Esas vivencias son de personas comunes, que nada tienen de especiales. Son testimonios de gente como nosotros, no de santos ni de yoguis de elevada evolución, quienes pueden estar preparados para tener control incluso sobre el dolor.

Sin embargo, hay también otro grado de experiencia con el sufrimiento físico, vivida por los que están identificados con la evolución general, del universo: por medio del dolor, sus células se abren, reconocen la propia luz interna uniéndose a ella. Es como si cada célula del cuerpo entrase en éxtasis, posibilitando a esas personas una profunda vivencia mística, en la que el espíritu se revela en su contraparte, las materias física, emocional y mental.

Por el sufrimiento, el hombre abandona lo que no tiene más valor para él. Sin embargo, a medida que su consciencia se expande, ya no se polariza en sus propios problemas. Puede, entonces, ayudar en la transformación de los sufrimientos de los demás.

Va asumiendo parte del sufrimiento de la humanidad, pues ahora sabe que todos son corresponsables por él.

Siendo la humanidad una, lo que algunos hacen se refleja en todos los demás, y en cuanto haya agresividad el sufrimiento del mundo será notable. En esas circunstancias, ciertas almas evolucionadas se ofrecen para aliviar el sufrimiento colectivo, aunque no sean los responsables directos de él. Son almas de compasión. Encarnan y sufren no por desequilibrios que generaron, sino para ayudar a la humanidad a disolver sus débitos con el Universo.

Estar delante del sufrimiento de forma positiva es vivir con consciencia lo que él nos trae. Para eso, es necesario que renunciemos a conceptos, expectativas y hábitos. Con esa simplificación quedamos aptos para aproximarnos de manera efectiva a la cura.

Sin rechazar el sufrimiento, sino aceptándolo inteligentemente y siguiendo lo que nos indica, permitimos la remoción de lo que impide que la energía interna se exprese. Esa actitud puede ser fortalecida cuando agradecemos la purificación que el sufrimiento realiza en nosotros, cuando sabemos reconocer lo que la vida con sabiduría nos ofrece.

En la verdadera cura, vamos al encuentro de la esencia divina en nosotros

La cura espiritual puede realizarse de diferentes modos, y durante mi vida tuve la oportunidad de entrar en contacto con alguno de ellos. Viajé, por centros de energía de transformación planetaria, con el fin de hacer investigaciones, y pasé también, mientras dormía, por experiencias relevantes, pues como se sabe, verdaderos procesos terapéuticos pueden ocurrir durante nuestro sueño.

La belleza de un proceso de cura, que no es nada más que el de la propia purificación de la materia, está en el hecho de que la esencia de vida se encuentra también en el centro de cada átomo, de cada partícula. Esa esencia, por muchos filósofos llamada “divina”, es omnipresente.

Mi mente vivía indagando si la cura era posible en cualquier ambiente y en cualquier situación. En cierto momento, de aquella época, tuve un sueño.

Vi una pequeña maceta de plástico, muy blanca, con una plantita que comenzaba a florecer. Gradualmente, el fondo neutro de aquel cuadro se fue trans-

formando en un felpudo, de esos en los que las personas limpian los zapatos antes de entrar en una casa; de ese felpudo y no de la maceta, salía ahora la pequeña planta con su florcita brillante. Ese felpudo permaneció en mi campo visual, mostrando que puede ser el suelo donde una flor es capaz de nacer.

Reflexionando sobre esa imagen, pude comprender que del ejercicio de nuestra propia purificación y desde nuestras limitaciones (representadas por el felpudo que se usa para limpiar los pies) es que “crece la flor”. No desde una situación externa de total pureza, pureza que no puede existir, aún, sobre la superficie de la Tierra.

Encontrar el equilibrio entre la realidad concreta (el felpudo) y la búsqueda incesante y persistente del autoperfeccionamiento es lo que se anhela. Es necesario amarse a sí mismo para poder amar de manera saludable al prójimo: un único amor, verdadero, sin autoconmiseración y que ocurre dentro de una sola Unidad que incluye todo.

En aquella mañana, al llegar al comedor comunitario, experimenté una gratitud profunda, que no sabía explicar cómo surgió ni a quién se dirigía. Un sentimiento que venía de adentro, a través de un canal que fue abierto por la imagen soñada. Quedó esa apertura y no fue necesario nada más. Todo fue realizado por la energía de cura. El sueño, con su duración de pocos segundos, tuvo una inmensa repercusión in-

terior y todavía está presente mientras escribo estas líneas, tantos años después.

A partir de esa experiencia, vi que ya no precisaba salir en busca de cura, pues me fue mostrado que ella puede suceder en donde estamos y en la situación en la que nos encontramos. La tranquila expectativa en la que, si quisiéramos, nos podemos colocar, es la verdadera situación que nos predispone para la cura.

Procesos como ese no son controlables por la mente humana, y es bueno que así sea, pues no siempre el yo consciente está preparado para saber lo que pasa en los planos internos de la vida; el ritmo de la energía de cura no debe ser perturbado por la curiosidad, por el egoísmo, por el juicio o por la crítica. En la mayoría de los casos, mientras más inconsciente sea el proceso de cura, mejor. Mientras más olvidados de nosotros mismos estemos en el momento del alineamiento del ser con las energías curativas, ellas podrán descender más libremente hacia los niveles humanos.

La perspectiva de vivir tiempos de gloria en medio del desorden

En la cima de una cumbre elevada un peregrino observaba el valle. Sus ojos escudriñaban las siluetas de los habitantes de la región que se revelaba frente a él.

En sus manos protegía un cáliz de néctar sagrado que se derramaría sobre el valle cuando aquellos seres estuviesen preparados para conocer el Bien. Aguardaba una señal.

Tiempo atrás, otro guardián del cáliz vio surgir en algunos puntos del valle una luz que revelaba la presencia de la capacidad de amar, y vertió parte del néctar. Los pocos que lo pudieron recibir fueron elevados a un nivel de vida más plena.

Allí, frente al peregrino, se plantaban árboles y se cortaban árboles. Se construían casas y se derribaban casas. Se acercaban caravanas al valle y otras se alejaban de él. Toda la vida del valle se desarrollaba bajo su mirada paciente. Bien distante, en los límites del horizonte, se formaron nubes oscuras. Vientos veloces las movían con fuerza, ruidosamente, sin em-

bargo ni la inminencia de la tempestad perturbaba al peregrino. Sin moverse de allí, aguardaba una señal.

La aproximación del mal tiempo llevó, a los habitantes del valle, a protegerse. Cada uno cuidaba lo que le convenía, sin notar que a su lado había alguien más desamparado. En una de las moradas más pequeñas pulsó más fuerte un corazón de madre repleto de ternura. Al ver un niño abandonado, lo recogió, incluso sin tener condiciones de cuidar adecuadamente a sus propios hijos. Otros moradores del valle, tocados por lo que vieron, siguieron su ejemplo.

Se tornaron, a su vez, sembradores de un estado de ser poco común.

En poco tiempo, floreció la disposición al Bien. El néctar fue entonces vertido en mayor cantidad. Los vientos cambiaron de dirección y el sol colmó el valle con su luz.

En este momento en el que la violencia y los conflictos asolan las ciudades del mundo entero, nos cabe crear, en nuestro interior y en el ambiente donde estamos, un campo propicio para las semillas de un nuevo modo de vida. Los que se empeñan con sinceridad en eso, necesitan saber que todo lo que realicen externa o internamente debe tener como fin construir la etapa venidera o facilitar su manifestación. Que busquen obrar con acierto sin temer al error. Quien se resguarda por miedo, nada puede hacer de válido. Quien se resiente por una pérdida, revela que tiene que vencer aún la propia ambición.

La consciencia subsiste más allá del tiempo, de la historia y de la vida material; es libre para alzar vuelo a su Morada. Y debemos saber que lo nuevo no está en lo que esperamos, sino en la realidad que de lo profundo del ser emerge a cada instante cuando estamos receptivos, atentos y valientes.

Si percibimos la infinidad de situaciones que indican que en la actualidad la vida superior es la única opción para nosotros y que todo converge para llevarnos a despertar a estados de consciencia inéditos, en los cuales no existen conflictos, veremos concretada una buena parte del Plan Divino trazado para este mundo.

Nos encontramos frente a la perspectiva de vivir tiempos de gloria, incluso en medio del desorden que tanto se difunde en la superficie de la Tierra. Una verdadera hermandad, formada en niveles superiores de existencia, ya se da a conocer, mientras relaciones meramente humanas dejan de satisfacer las aspiraciones. Las olas del mar van y vienen, pero el océano permanece.

Una gran transformación se siente cuando tomamos consciencia de que el lugar donde debemos estar es aquel donde nos encontramos, que las condiciones para avanzar son las que se nos presentan, que las personas con quienes debemos compartir el Camino son las que están a nuestro alrededor.

La necesaria búsqueda del equilibrio y de la armonía por parte de la humanidad

Se sabe que en la Tierra siempre hubo violencia y masacre de inocentes, así como la explotación no solo de miembros del propio reino humano, sino también del reino animal, del vegetal y del mineral.

Como ciclos de acciones desequilibradas y ciclos de impacto de las consecuencias generadas por ellas, hasta ahora fueron alternándose sin resolverse, el juego del destino se perpetúa y al hombre le cuesta darse cuenta de que un recto vivir, renunciando al deseo, es el camino directo para la liberación. En este punto, Buda fue bastante explícito, pero a través de los siglos, sus enseñanzas repercutieron poco en el día a día de la mayoría de las personas, aunque estén vivos en su mundo interno.

Mientras los seres humanos comprendan los hechos basándose en sus creencias o actúen según su conocimiento personal, permanecerán circunscritos al resultado de las acciones que ejecutan y a la necesidad de equilibrarlas. Basados en sus propósitos individuales o egoístas, sus actos poco contribuyen al

bien del Todo y demandan siempre reacciones neutralizadoras, que pueden llegar por intermedio de otras personas o de la naturaleza. Esas reacciones pueden ser purificadoras, pues desmantelan estructuras no saludables de individuos, de grupos e incluso de pueblos y civilizaciones enteras. Sin embargo, si estuvieran impregnadas de fuerzas humanas, provocarán nuevas reacciones. Y, así, surgen y se propagan las complicaciones del destino de esta humanidad.

Mucho pueden realizar aquellos que ya están conscientes de la necesidad de un cambio en este patrón repetitivo. Un nuevo estado podrá implantarse en ellos y contribuir para la transformación de la superficie de la Tierra, a medida que fuesen entrando en los ritmos de una ley superior, divina.

Sin embargo, en la vida, las dádivas son también pruebas: es necesario saber usar con corrección los dones y bienes que nos son entregados.

Como todo está incluido en una Consciencia Única, fuente de toda manifestación, no hay detalle que no deba ser considerado en la búsqueda del equilibrio y de la armonía. Lo que nos rodea y lo que somos, todo necesita convertirse en instrumento de servicio y ser utilizado de manera adecuada. En ese sentido, el agua, la electricidad, el alimento, el dinero, el transporte, la tarea, el sueño, la palabra, el sentimiento y el pensamiento dejan de pertenecernos y comienzan a ser vistos por lo que en verdad son: expresiones de esa consciencia omnipotente.

Quien se empeña en evolucionar debe aprender a tener paciencia y a profundizar su sentido de observación. En ciertas fases de la vida, la persona puede pensar que no está progresando o que nada promisorio está sucediendo, no obstante estar trabajando para eso. Mientras tanto, esa no es la realidad. Por el hecho de dedicarse con seriedad a la evolución y por eso estar siendo intensamente transformada, muchos eventos pueden ser suavizados en su vida.

Sé de individuos que vivían con grandes restricciones materiales y las tuvieron resueltas al ingresar de manera abnegada en el camino espiritual y prestar servicio en un grupo altruista; sé de otros que quedaron liberados de ciertos lazos personales para servir en ámbitos mayores, como por ejemplo el de un país o el del planeta. Personas que se mantenían limitadas por deberes básicos y circunscritas al ámbito familiar se ven de repente en esos procesos de transformación, libres para dedicar su tiempo y energía a causas universales.

La armonía por medio de la integración entre la mente y el corazón

Desde los niveles internos, elevadas energías espirituales trabajan incesantemente para favorecer el despertar de la luz en el interior de los seres humanos. No tienden a la formación de devotos que sigan de modo pasivo sus instrucciones. Trabajan por el desarrollo de la consciencia, por la dinamización del intelecto superior, por el crecimiento de individuos que puedan reflejar las energías creadoras que guardan en su interior.

Sobre todo, en la época actual, los estímulos que esas elevadas energías vierten sobre el planeta facilitan la integración entre el corazón y la mente. La comprensión de los hechos de la vida, comprensión no confundida por apariencias o por elementos efímeros, depende de esa integración. Cuando la sensibilidad, para percibir el estado real de las criaturas y del universo, y la capacidad organizadora de la mente, se funden y se dejan guiar por la luz interna del corazón, se revela la mejor conducta para seguir, la más adecuada y evolutiva.

Solo existe una manera de que la armonía se establezca en la superficie de la Tierra: que la mente y el corazón de cada individuo se integren y se eleven. En los niveles superiores de la consciencia se encuentra la verdad que considera el bien de todos. Entre los que alcanzaron esos niveles no hay posibilidad de desentendimiento, pues prevalece la unidad de propósito.

Delante de los horizontes que esa integración revela, es necesario estar dispuesto a renunciar a lo que pueda mantener la consciencia presa de antiguas formas de ser y de comprender. Es necesario también abandonar el hábito de criticar y la tendencia a cristalizarse en conductas pasadas. El proceso de fusión de la mente y el corazón es liberador: permite constante renovación, constante ampliación del potencial de servicio a los semejantes.

Un número cada vez mayor de seres humanos, movidos hoy por los impulsos de energías elevadas, superiores, comienza a desarrollar esa visión más universal e integrada. La interdependencia entre los Reinos de la Naturaleza se va tornando evidente para ellos, lo que multiplica sus oportunidades de actuar de modo positivo en el establecimiento de patrones superiores de vida.

A medida que se elevan, se sienten insatisfechos al percibir el progresivo deterioro de la existencia que los rodea. Saber que la paz solo se establecerá sobre la Tierra cuando esté viva en la mayoría de los hom-

bres, hace que sus límites se amplíen y que busquen compartir lo mejor que logran del mundo interior.

En el presente período planetario todo está siendo movido, purificado y renovado para que se eleve el nivel vibratorio de la Tierra. Desde las estructuras más básicas de la sociedad humana –familiares, económicas, religiosas y geopolíticas–, hasta las profundidades de los sentimientos y pensamientos, todo está siendo sacudido bajo la luz de un tiempo que requiere síntesis, visión universal y consciencia en el uso de los recursos que la naturaleza ofrece.

Aquellos que en su interior se perciben listos para colaborar con la nueva vida que se anuncia, que se mantengan atentos, sobre todo, para no engañarse con la desarmonía actual, característica de las fases de transición. Busquen la síntesis de los hechos de la vida, interpretándolos desde una óptica que integra mente y corazón, desapegados de patrones antiguos. Busquen dentro de sí mismos el núcleo que conoce la Verdad más allá de las apariencias. Y entonces, bien consolidados en él, siembren su Luz y su Amor en los campos de este mundo.

Por medio de la oración descubrimos lo que realmente sostiene a la vida

Podemos decir que, en la actualidad, es imprescindible que las personas puedan descubrir y practicar la oración interna. Conociéndola, percibirán que ella es el puente entre lo Más Alto y lo más bajo. A partir de ese reconocimiento, deberán dedicarse a esa oración con amor y empeño, es el camino de los que siguen por regiones nunca antes recorridas.

Aunque un ser pueda dedicarse a ser pionero en realizaciones externas, válidas para su época, él tendrá que descubrir la oración interna para conocer la dirección correcta que se debe seguir. Es la sabiduría interior quien conduce el barco, tanto en las borrascas como en las aguas calmas. Sin embargo, el camino del medio es todavía una ley en esta Tierra y se lo debe tener presente; por lo tanto, vale más proseguir entre contratiempos que perderse en cómodos parajes.

Es indudable la necesidad de que la consciencia se abra al Espíritu. En ese estado de apertura, todos los sentidos se recogen en la entrega al universo interior, a lo Desconocido. Es posible cultivar ese esta-

do, incluso durante la realización de alguna actividad material, donándose por entero a lo que es colocado como necesidad y ofreciendo los frutos de su empeño al propio ser interior. Esa es una forma de oración activa, de reconocimiento de la presencia de la vida suprema en todas las cosas.

La oración interior, a su vez, se construye en pura energía y consciencia, en el silencio y en el recogimiento; ella es la secreta y oculta aproximación a la Fuente de vida.

El impulso religioso corta los cielos y viene para habitar en el interior de los puros. Él es el camino que aún podrá llevar a los hombres al encuentro de su verdadera Morada, que es cósmica, interna e inmaterial. Cuando es auténtico, ese impulso es la vía más directa y segura para el contacto con los niveles espirituales superiores.

Incluso con los engaños producidos por el llamado “campo religioso de la Tierra”, es todavía la religión –como sentimiento, búsqueda y necesidad de unión con el Espíritu, reconocida en su esencia profunda y no como institución formal– la que ofrece la posibilidad de una aproximación más directa con la Fuente de vida.

La oración interna es como el hilo de la plomada que posibilita que las paredes de un templo sean erguidas en alineamiento correcto. Al nacer en el calor de un corazón necesitado de Luz, se vierte sobre él como un manantial. Así, la oración interna lleva al

individuo a descubrir lo que realmente sostiene a la vida y le da la exacta comprensión del significado de las palabras “no solo de pan vive el hombre”. Todo eso ocurre en el silencio del ser.

Sobre todo, en las fases más difíciles, de conflicto, como ocurre en estos momentos en la Tierra, por lo menos algunos individuos deberían disponerse a equilibrar una parte del caos reinante. Ese trabajo, en general silencioso, supone entrega y superación de sueños y aspiraciones personales.

La oración es un estado de coligación interior en el cual existe solo la búsqueda de la verdad. Nada que es del mundo consigue penetrar ese estado de conexión, en el cual el ser se entrega a su origen, a la Fuente.

En la actual coyuntura terrestre, más que nunca, la llave es “Orad y vigilad”. Una actitud sin la otra es incompleta e ineficaz. La oración sin la vigilancia no puede alzar vuelo y conducir en sus alas al ser devoto.

Las apariciones de la Madre del Mundo en los momentos actuales

Respecto de las Apariciones públicas de la Virgen María, que vienen ocurriendo en varios lugares del mundo y de manera especial aquí, en América Latina, podemos preguntarnos: ¿Será que tenemos claridad sobre cuánto es necesario, hoy, estar en contacto directo con una Consciencia tan elevada? El tema es muy amplio y tendríamos que ver algunos aspectos relacionados con él.

Los antiguos griegos, los antiguos chinos, los antiguos hindúes y todos los antiguos orientales llamaban a María “Madre del Mundo”, “Madre Divina” o “Madre Cósmica”. Cada raza, cada pueblo sentía a esa Entidad Mayor según su propia comprensión y según el desarrollo de su consciencia.

Nuestra tarea en este momento es reconocer que la Madre del Mundo está lidiando con nosotros con divina paciencia; Ella nos está trabajando para que consigamos percibir la realidad en otros planos de consciencia, y no solo física y mentalmente, como hemos comprendido la vida hasta ahora en nuestra

evolución. ¿Y cómo esa Madre conseguirá eso, a no ser descendiendo de otras dimensiones y materializándose aquí, en este nivel donde vivimos?

Para la Unión con la Madre Divina, es necesaria una aspiración muy firme de nuestra parte por verla. Por estar con Ella, por ser con Ella, mas también es necesaria una Gracia de lo Alto, una Gracia que responda a nuestra aspiración.

Un gran filósofo hindú, muy devoto de la Madre Divina, decía que si nosotros, detrás de nuestra devoción por Ella, escondemos nuestros propios deseos humanos, deseos de experiencias espirituales, deseos de recibir favores; si colocamos todo eso en lugar de la aspiración pura por verla, por encontrarla, por estar con Ella, no será posible que se establezca un contacto, y será inútil invocar a la Gracia. Entonces, todo depende también de nuestra intención.

Muchos ya oyeron la Suprema Voz de la Madre Universal, que se dirigía a todos, sin excepción de ningún ser, siempre que estuviesen abiertos de verdad a escucharla. Abiertos quiere decir no tener otra prioridad, porque no es una voz de este mundo material, aunque quien la escuche, la escuche materialmente, con los oídos internos. No obstante, la entrega a la búsqueda de contacto con esa Madre debe ser total; no es suficiente que nuestra mente quiera encontrarla y quiera verla. Es necesario que el corazón también lo quiera, y que la naturaleza física de la persona no cree obstáculos para contactar tan elevada energía

Como vimos, para que ese Encuentro se produzca, primero, debemos tener una aspiración profunda por encontrarla; segundo, tenemos que observar con atención nuestras resistencias; y tercero, es necesaria una verdadera entrega de sí, o sea, preguntarnos: ¿estoy disponible para ser lo que debo ser? No obstante sea un esfuerzo poco común, es el esfuerzo requerido: se debe tener una verdadera entrega de sí. La aspiración a ese Encuentro tan especial debe ser constante. No es una aspiración que se tenga en un fin de semana o en algunos momentos del día, o en algún momento en que necesitamos alguna cosa; es una aspiración que debe ser constante.

En el momento actual, entre nosotros ciertamente debe haber alguien que tenga una real aspiración a recibir a la Madre del Mundo y a unirse a Su Divino Corazón. Debe haber alguien que haya logrado eso muy bien en sí mismo y, por eso, Ella continúa apareciendo y continúa instruyéndonos.

Impulsos para reconocer el gran potencial interno que tenemos

En nuestras acciones podemos limitarnos a la búsqueda de beneficios propios o tender al bienestar de los otros y dar inicio, de esta forma, a la consciencia de la unión existente entre las almas. Existe también la posibilidad de que practiquemos acciones aún más desinteresadas, de que hagamos el bien sin escoger personas ni realizaciones, son esas acciones las que nos llevan a contactar el mundo espiritual y a comunicarnos interiormente con él.

Para llegar a percibir lo que debemos hacer de útil e importante para el bien general, precisamos dejar de lado las actividades superfluas en nuestra vida. Y, si tuviéramos una intención pura, seremos inspirados en el discernimiento y en las decisiones, y nada nos faltará para el cumplimiento de la tarea que nos cabe.

Así, las acciones que llevaremos adelante estarán incluidas en un amplio Plan espiritual de evolución.

Si observamos bien, veremos que en todo momento somos invitados a realizar esas acciones más

amplias. Podemos adherir a ellas o rechazarlas por el egoísmo. Tenemos que estar vigilantes para no desperdiciar energía con individualismos, pues cada uno de nosotros es necesario en esta fase de transformaciones vivida en todo el mundo.

Debemos trascender el miedo, la culpa, los resentimientos, la posesividad, la competitividad y el deseo de sensaciones. Son tendencias ampliamente esparcidas en la superficie de la Tierra y permanecen a nuestro alrededor siempre listas para dominarnos. Mas, tengamos presente que leyes superiores y sagradas serán introducidas en la vida de esta humanidad, leyes que desde ya podemos descubrir. Si entramos en sintonía con ellas, anticiparemos la nueva etapa que surgirá después de la desarmonía general que ahora prevalece.

Quien está con sinceridad resuelto a ayudar en la victoria de esas leyes en sí y en el ámbito de su influencia, ve que las cosas cambian en su vida. Reconoce un poder benéfico protegiéndolo y dándole condiciones propicias para el aprovechamiento integral de sus energías. Ve que se disuelven las preocupaciones por el futuro y hace, en cada minuto y con perfecta serenidad, lo que percibe que es mejor. No se perturba con el aparente caos que lo rodea. En el silencio del corazón, sabe y confía en la luz del mundo que está por venir.

El grado de alineamiento de nuestra vida con valores más nobles aumenta a medida que perfeccio-

namos la sintonía con la verdad. Todos los actos fundamentados en la verdad tienen su propio poder de elevación y armonización.

Cuando llegamos al punto donde la consciencia nos alerta siempre que no actuamos de acuerdo con los principios elevados que conocemos y honramos, debemos estar muy agradecidos. La neutralidad en la observación de nosotros mismos es indispensable para la trascendencia.

Si cultivamos tanto la gratitud como la neutralidad, podremos pasar a una etapa más avanzada: antes de dormir, llevar al centro del corazón todas nuestras imperfecciones y limitaciones, desde las más triviales a las más recalcitrantes, para que el fuego del amor divino las disuelva y libere la Luz que somos en la más pura verdad.

Muchos beneficios para la vida total provienen más de la serena imparcialidad que de la engañosa preocupación con el día a día. Con rapidez se aproxima la hora en la que los más sensatos, después de haber oído tantas veces palabras sabias, dejarán de tenerlas solo como bellos conceptos.

Esos son pasos para la expresión plena de nuestro yo profundo.

El mundo interior es receptivo a nuestras preguntas

Pocos saben que si preguntaran algo al inconsciente podrían obtener una respuesta. Lo importante será estar siempre receptivos a ella. En verdad, hay varias maneras de interrogar al inconsciente. Ciertas personas conversan consigo mismas, otras escriben, otras formulan preguntas en su mente, dirigidas hacia el interior de sí mismas. Están también las que buscan orientación interna sin llegar a formular preguntas, simplemente se colocan en un estado expectante y tranquilo. La forma como sucede el contacto con el inconsciente es determinada por el temperamento de cada uno.

Un aspecto que cuenta mucho, para que ese contacto con el inconsciente se establezca, es la intensidad con la que emitimos la indagación. Es importante plasmar las ideas de modo claro y coherente, estando bien conscientes de su principio, medio y fin, y entregarlas con desapego al mundo interior. De ese desapego proviene el equilibrio y la paz que propician que la intuición se revele.

Si nos concentramos de manera excesiva y hacemos la pregunta con ansiedad, impediremos que la respuesta llegue, pues nuestras expectativas actúan como obstáculo entre nosotros y la realidad interna. Por otro lado, si no dedicamos a esto amor y atención suficientes, el llamado no llega a las capas profundas de nuestro ser, donde la solución está pronta. Hay, pues, un delicado equilibrio que debe conseguirse tanto en la manera de hacer la pregunta como en la espera tranquila de la respuesta.

El grado de energía necesario para emitir la pregunta se descubre con la práctica, con la dedicación. Es un proceso rico en enseñanzas.

Después de formular la pregunta con claridad y enviarla correctamente, debemos dejar de lado el tema, para que el mundo interior pueda actuar sin perturbaciones ni interferencias. Si, por ejemplo, insistimos en la misma pregunta, si quedamos pensando en el asunto o si exigimos la respuesta, atraeremos de nuevo hacia la superficie de la consciencia lo que debería estar siendo trabajado en quietud, en las áreas profundas del ser. Impediremos, así, que la solución nos sea revelada.

Un medio de evitar que la mente interfiera es hacer la pregunta antes de dormir o antes de ocuparnos en alguna tarea que nos absorberá toda la atención.

Supongamos que nos asaltan dudas sobre si hicimos la pregunta correctamente, o que queramos preguntar de nuevo, o que el asunto insista en volver

a la mente. Si surgiesen esas u otras interrupciones con las cuales no sabemos tratar, es necesario olvidar por completo la pregunta y despreocuparnos. Debemos actuar como si nada estuviese ocurriendo y como si no hubiésemos hecho ninguna pregunta. Tenemos que desligarnos de todo y no insistir más, hasta que la tranquilidad sea reencontrada.

No habrá dificultades a partir del momento en el que se instala en nosotros la certeza de que, al hacer una pregunta, la respuesta estará siendo elaborada por el inconsciente. El factor fe es esencial. Fe en que el alma, en el nivel intuitivo, está siempre lista para atendernos y atenta a nuestras necesidades.

Si no tenemos fe en la sabiduría de nuestro ser interno, nos envolveremos con cuestiones psicológicas e intelectuales, y la mente, que debería estar calma para reflejar lo que viene de lo profundo, se inquieta y no cumple su papel de espejo reflector.

El mecanismo intuitivo de cada uno de nosotros es original y único. Entonces, no debemos tener ideas preconcebidas de cómo debe funcionar.

Quietud y recogimiento: una fuerza que pocos conocen

En la actualidad, muchos perciben que solo pueden sentirse seguros a partir del nivel espiritual. Un área de la consciencia que está más allá del cuerpo físico, de las emociones y de la mente. Es en ese nivel que se encuentra el alma, núcleo de consciencia universal presente en todos.

A propósito de la seguridad que surge de nuestra sintonía con un nivel espiritual superior, vamos a recordar un pasaje del Nuevo Testamento, cuando Jesús se hospedó en la casa de dos hermanas llamadas Marta y María. Cuando llegó, María se sentó a sus pies, recostó la cabeza en Jesús y se aquietó. Marta, al contrario, se agitaba en muchos quehaceres: barría la casa, preparaba la comida, se movía sin cesar. Notando que María permanecía quieta, Marta le preguntó a Jesús: “Maestro, ¿no ves que mi hermana me dejó sola con el servicio de la casa? Dile, entonces, que me ayude”.

Jesús le respondió: “Marta, Marta, andas inquieta con muchas cosas, mas una sola cosa es ne-

cesaria, María escogió la mejor parte, y esta jamás le será retirada”.

En ese breve episodio, vemos la importancia de la quietud, del silencio y de la soledad, para encontrar la “mejor parte”. ¿Será ella la seguridad tan buscada hoy en día y que ya no se la encuentra externamente? En verdad, esa actitud contemplativa puede llevarnos no solo al equilibrio, sino también a nuestra verdadera acción y a nuestra meta en la vida, la que no siempre conocemos. En consecuencia, la quietud nos posibilita no solo el vivir bien, sino también el ser útiles en el mundo en esta época tan carente de tantas cosas y valores.

¿Pero cómo puede alguien ser útil estando quieto? Ese es uno de los más valiosos descubrimientos que una persona puede hacer.

La quietud, el silencio y la soledad de María no significan inactividad o inercia. Una persona en ese estado de calma puede actuar de forma más dinámica y poderosa que alguien que se agita. Entonces, ¿qué significan?

Esa quietud se refiere a la acción interior, desinteresada y que no tiende al reconocimiento, ni a la gratitud, ni siquiera a ser percibida. En el episodio bíblico que narramos, María estaba simplemente quieta, sin necesidad de demostrar lo que hacía, al contrario de Marta, que trabajaba y llamaba la atención hacia el hecho de que estaba siendo útil. Esa quietud, ese recogimiento, es una fuerza que pocos conocen.

Dicen que fueron los 2000 monjes silenciosos, contemplativos, habitantes de las grutas del Monte Athos, que hace mil años garantizaron, con su irradiación espiritual, que el planeta no sucumbiese en una crisis profunda y general.

Y, ¿qué significa una actitud silenciosa? Silencio ¿es solo quedarse callado, sin decir nada? ¿Es mutismo? Si fuese así, ambas mujeres del episodio bíblico podrían ser consideradas silenciosas, pues no estaban conversando. Pero, en verdad, silencio es más que eso. Marta observaba a María y, aunque estuviese callada, no estaba silenciosa en su mente. María, que permanecía sentada y no procuraba controlar a la hermana, sí estaba silenciosa y, según Jesús, escogió la mejor parte. El silencio es un estado interno en el que no hay críticas, ni deseos, ni exigencias ni interferencias.

¿Y la soledad? Según este episodio, es la consecuencia del silencio y de la acción desinteresada. Cuando estamos quietos y silenciosos, no deseamos, no criticamos, no comparamos: estamos estables en nosotros mismos, no divididos, y nos sentimos uno con todo lo que nos rodea. En ese estado experimentamos ser una perfecta unidad.

El reloj de los ciclos anuncia una nueva vida

La energía del Amor, tan poco conocida y tan misteriosa en su expresión más profunda, si es manifestada con pureza por una persona, puede permitir que otra se aproxime o contacte su propio núcleo interior, su alma.

Sobre todo en esta época, esa energía del Amor encamina con rapidez a los individuos al encuentro de ese núcleo interno, lo que podrá realizarse por medio de situaciones agradables o no para la consciencia. El trabajo de la energía del Amor no es alimentar las emociones, sino transfigurar de manera efectiva lo que es tocado por ella. Así, lo que está limitado se amplía, disolviéndose en lo que es superior y que se encuentra en su propia esencia.

Esa energía impersonal trabaja ampliando y ensanchando o que está restringido y limitado. Ella es como un torrente poderoso que llega e inunda todo y a todo sumerge en su vastedad.

Hasta que el Amor sea comprendido y manifestado, plenamente, en la vida de este planeta, habrá

todavía un largo trayecto por transitar. Es el camino que el propio planeta debe recorrer para que, al final, exprese una imagen que sea la faz de Cristo. Tal como el Sol, que manifiesta en profundidad la energía crística y despierta en cada uno la gratitud y la reverencia por la energía contenida en sus rayos, también la Tierra tiene un patrón energético de Amor cósmico para expresar. Ese Amor, tan distante y opuesto a la realidad de la vida humana en este planeta, vive latente en el aura de cada partícula que lo constituye.

La manifestación externa de la energía crística por medio de un ser humano fue establecida definitivamente en los planos espirituales y físicos. La sangre de Cristo Jesús, derramada para la redención de todo el planeta, simboliza la penetración de esa energía en los planos de la vida física y la consolidación, en la Tierra, de la luz y de la llama de Amor cósmico, así como de la plena existencia superior.

Para que el hombre pueda romper las cadenas de la ilusión material en la que vive, es necesario que trascienda la predisposición mental de tener al mundo físico y material como referencia; es también esencial no fundamentar en fenómenos el camino espiritual que precisa recorrer. Un místico cristiano del siglo XVI, San Juan de la Cruz, decía "... para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada; para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada; para venir a saberlo todo, no quieras saber

algo en nada; para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes...”

Todo el Universo percibido por el hombre es como la hoja de un libro de volumen infinito; basta darla vuelta y aparece otra hoja, con otra configuración energética. Sin embargo, todo el libro es una creación de quien lo escribió, que no es visto ni percibido, que no es contenido por el libro, pero que lo contiene.

La arena se escurre velozmente en el recipiente del reloj, indicando que los tiempos se aproximan. Tiempos de júbilo y de revelación; tiempos de gloria y esplendor para los que pudieron permanecer fieles al legado que recibieron del Cosmos. Pero también serán tiempos de luchas y de tribulaciones para los que se dejaron engañar por el apego y por la identificación con la vida material y sus bienes.

Para llegar a lo real, se debe renunciar a lo que es transitorio. Lo eterno contiene a lo temporal, pero este debe ser trascendido para que la plenitud divina se revele por completo.

La sabiduría del amor verdadero debe tocar cada corazón

Algo que se debe desarrollar en mayor proporción es el contacto con el mundo interior, para que la armonía, que es un estado del ser, surja en la superficie de la Tierra. Cuando los hombres, en mayor grado y en mayor proporción, estén dispuestos a escuchar lo que viene de su interior y a sumergirse en la unidad absoluta de la vida que existe en su yo profundo, no habrá obstáculos para que la armonía se instale en el planeta.

La humanidad en general no comprende aún la potencia del puro trabajo interior; la identificación con la materia no le permite percibir los cambios profundos que se procesan por medio de él. Desde milenios, y en especial a partir del último siglo, la consciencia del hombre está siendo estimulada para que se torne más sensible a las energías provenientes del mundo interno. Sin embargo, ellas no deben ser buscadas con la finalidad de obtener realizaciones materiales o de alcanzar objetivos meramente humanos. Para que esas energías vivificadoras puedan fluir a través de individuos y de grupos de servicio, es ne-

cesario que ellos estén en una actitud de pura entrega a la consciencia más alta, a Dios.

Responder de manera decidida a lo que viene del interior del propio ser, sumergirse sin reservas en el mundo silencioso que allí se encuentra, he aquí un camino de liberación. De esta forma, una presencia sagrada puede pulsar, haciendo desaparecer movimientos superfluos y aportando al individuo quietud y paz. Ese estado de apertura interior le permite vivir momentos de rara belleza poco frecuente, momentos que no se disipan y cuya energía se esparce por los aires como una bendición.

Cuando el individuo penetra la senda interior, le es retirada de sus hombros la herencia de ser hijo de la tierra y desaparecen de sí la fragilidad y la intemperancia que tal legado le confiere normalmente. En realidad, reconocerse un ente libre y cósmico no es una pretensión sino un deber.

Incluso cuando se busca ir más allá de sí mismo y vivir en el seno de la Consciencia Única, todos tienen fallas y, sin que lo perciban, en general su atención se aferra a ellas. Actuando de ese modo, les aumentan el peso, olvidándose de que si estuviesen orientados hacia la luz, la oscuridad se disiparía más rápidamente.

Nunca está demás repetir que es necesario desarrollar y profundizar las expresiones del amor. Esa potente vibración pide espacio en la consciencia humana, pues sin ella no se trasciende el egotismo, per-

maneciendo siempre envuelto en la esfera personal. Frente a cada crisis, la sabiduría del amor impersonal es la que conduce al ser hacia el centro, donde esas fallas no existen.

Es necesario que a todas las virtudes el individuo le sume una más, al ofrecerse como instrumento al servicio de lo Alto: saber amar al Creador con tal intensidad que pueda verlo en las criaturas, y no olvidarse de que por encima de las leyes espirituales está la sabiduría del amor, energía regente de este sistema solar y de este planeta.

Cuando el verdadero amor toca el corazón de un ser, él no critica más y deja de presentar exigencias personales. En lugar de oponerse a lo limitado, trata de expandir los horizontes de los que se encuentran confinados en la visión material.

La energía interior es paciente y con serenidad espera que el individuo descubra que comparte con sus hermanos el universo entero, pero que nada posee, pues sobre los niveles humanos prevalece una unidad que todo lo sintetiza y que conduce a todos los seres a la simplicidad y a la armonía.

Opciones valiosas para la evolución espiritual

Hay decisiones que tomadas en el silencio del ser lo impulsan en su crecimiento, en su ascesis y lo sintonizan con leyes espirituales. Se tornan posibles cuando las metas de la vida interior, metas orientadas hacia la vida del alma, son reconocidas por la personalidad e inspiran al individuo a seguir el destino designado por su núcleo profundo. No necesitan ser anunciadas al mundo; forman parte de un proceso dinámico y se confirman a medida que el ser camina. Son verdaderos votos internos, pues contribuyen para esclarecer la meta espiritual que se debe alcanzar. Toda apertura a lo que hay de evolutivo en el universo ayuda a fortalecer esas decisiones.

Según la ley espiritual, en cada actitud retrógrada, el ser deja de avanzar en su trayecto cósmico. En todo instante hay una opción para hacer entre lo que es evolutivo y lo que es involutivo. Mientras la persona da lugar a su libre albedrío y se mantiene en el ámbito de las leyes del mundo y humanas, tendrá que contar con el propio discernimiento. Sin embargo, una vez que trasciende el libre albedrío, o sea,

cuando la propia voluntad del espíritu pasa a prevalecer sobre ideas y deseos personales, ella puede tener una intuición o recibir una señal sobre el rumbo que debe tomar.

Además de eso, una sabiduría mayor ajusta los hechos de su vida externa de forma que en su día a día un nivel energético más elevado se torne posible. Tanto en las fases en las que el discernimiento humano debe ser usado solo como prueba para el individuo, como en aquellas en las cuales los niveles internos, intuitivos, señalan con claridad los pasos que deben darse, el cultivo de una serena vigilancia ayuda mucho al ser.

Téngase presente, no obstante, que las opciones varían de un individuo a otro. Dependen de lo que hay que trascender, desarrollar o profundizar. No podemos, de manera generalizada, decir lo que es necesario hacer para colaborar en las transformaciones planetarias, pero sí podemos estar conscientes de que las energías transformadoras que hoy impregnan la Tierra pueden penetrar nuestro ser y, si lo permitimos, elevar nuestras vibraciones en cualquier instante.

En esta época en la que el mundo terrestre pasa por convulsiones y dificultades, es necesario estar firmemente unidos a la vida del espíritu, que es omnisciencia, omnipresencia y libertad.

En estos tiempos de tanta desarmonía y conflicto en los planos materiales, es apremiante asumir la vida propia de los Espíritus liberados. Muchos ya la

están descubriendo, después de reconocer que la vida humana común es un mero juego de fuerzas dispersivas, a veces incontrolables.

Muchos ya buscan con sinceridad la esencia de su ser, y cuanto más se introducen en ese sendero más se identifican con la fortaleza que hay en el centro de sí mismos. Es así como se amplían las oportunidades de perfeccionamiento y de servicio al mundo y a la humanidad.

No obstante, el fruto de esa búsqueda no madura artificialmente, requiere de una sabia obediencia a las instrucciones divinas que van siendo reveladas en el silencio del ser. Es poco a poco que los dones sublimes afloran, dando a conocer al mundo los patrones de una existencia superior, amplia y universal.

Dice una Enseñanza superior: así como la semilla muere para dejar nacer al árbol, debemos abandonar los anhelos personales para que la vida espiritual surja en el horizonte. Una única acción dedicada al Creador vale más que muchas realizadas por impulsos humanos.

Devoción y búsqueda de la unión con lo más alto

La insistencia en adherir hoy en día a antiguas técnicas espirituales indica que el individuo no ha comprendido el proceso de evolución de las energías. La fusión del ser humano con su mundo interno, sutil, no requiere más de rigurosas disciplinas ascéticas externas, pudiendo ocurrir en cualquier tiempo, espacio o trabajo que él esté realizando. Para eso, basta que el individuo mantenga una intención firme y que su consciencia esté identificada con el Único Creador de todas las esencias y de todas las formas. Esa devoción permanente disuelve cualquier obstáculo para la unión.

Por la fuerza de esa devoción pura e inquebrantable (actitud interna que exime de toda especie de manifestación física o emocional) se ingresa, en los tiempos actuales, en los estados elevados de consciencia. Esa enseñanza es la que ha sido dada continuamente por los grandes Instructores de la humanidad.

La belleza de esa elevación del hombre está en la fusión de su consciencia con sus niveles superiores, internos, y no en la forma externa que este proceso asume.

La señal de que eso está ocurriendo con un individuo es que él se ha encargado de algún servicio útil a grupos o a la humanidad. Sin embargo, para que eso se produzca, él pasa por pruebas que ponen en conflicto su mente analítica, que al final debe aprender a callarse, sin perder, aún, el discernimiento ni las cualidades que desarrolló.

Orden, armonía y silencio son afirmados y así la Ley Superior, divina, es conocida y pasa a ser vida por el individuo. Antes de desarrollar la devoción exclusiva por el Altísimo, él vivía según leyes personales, psicológicas y materiales del planeta. En esa fase personalista, el hombre no sabía por dónde andaba ni adónde llegaría con su esfuerzo. Sin embargo, cuando alcanza la etapa de la devoción interior y secreta, él percibe que forma parte de una totalidad y que todo en su vida sucederá para mejor.

Es necesario tener en mente, frente a eso, que la Esencia Única jamás ocasionará fatiga al ser. Son los pensamientos errantes, las circunstancias externas, las preocupaciones con los aspectos formales de la vida y la identificación con lo que es mutable que afectan el ánimo, la salud y el equilibrio del hombre de superficie. En la era actual, él percibirá la importancia de tener el pensamiento concentrado en la meta

espiritual y de canalizar sus energías hacia el servicio al Plan mayor, divino. Ya es tiempo de reconocer que las enfermedades son producidas también por el pensamiento disperso y por la concentración de la mente solo en lo que es material. Es tiempo de saber que basta un pensamiento en dirección al Supremo, para que el camino se abra. Es bueno que las personas no piensen en enfermedades y que busquen, únicamente, la unión con lo Alto, con lo más Alto.

La espera serena y la atención permanente abren la mente del hombre a la intuición. Es el lenguaje de la intuición que el Supremo usa para contactarlo, siempre que se muestre abierto a la purificación y al progreso. Purificación aquí significa liberación de obstáculos. Así, cuando se quiere ser libre, ella es recibida con alegría y espíritu de colaboración. De esa manera, se va produciendo aquello que, en el lenguaje ocultista, se llamaba “luz dentro de la cabeza” y que significa comprensión superior.

Lo que une al ser humano con su parte más elevada es el saber caminar sin pasiones ni apoyos externos, con la mente y el corazón fijos en el amor divino, amor omnipresente y omnipotente.

El momento de seguir el camino de la vida guiado por la voluntad del Alma

Las opciones más decisivas en el curso de la vida parten del centro del ser, de nuestra Alma. Aunque sea ella la que determine los rumbos básicos que tenemos que seguir, la personalidad, el yo externo, también posee cierto poder de decisión.

Como personalidad, usamos el libre albedrío, y por su intermedio aprendemos a escoger. Por el ejercicio de innumerables elecciones vamos aprendiendo a abandonar lo que perjudica a la evolución, hasta el momento en el cual comenzamos a percibir la voz del Alma y a ser atraídos por ella.

La capacidad de decisión de la personalidad varía según los grados evolutivos que vamos alcanzando, varía de acuerdo con nuestra receptividad al mundo del Alma, un mundo espiritual.

Esa capacidad de decisión es bastante fuerte y dominante mientras nos dejamos conducir por los aspectos materiales de nuestro ser: el físico, el emocional y el mental. Sin embargo, se va redimensionando a medida que optamos por la evolución, por el creci-

miento superior. A partir de esa opción, la voluntad del Alma va prevaleciendo en nuestras elecciones. Comenzamos a aceptar, razonablemente, esa orientación que proviene de nuestro interior. Comenzamos a permitir que conduzca nuestros actos.

Cuando transferimos nuestras decisiones al Alma, de ella comienzan a venir oportunidades para que evolucionemos. La personalidad, entonces, se va tornando más flexible y obediente y, al fin, comprendemos cuál es la tarea que nos cabe en este planeta.

Para cumplir esa tarea necesitamos indicaciones de nuestro interior, provenientes del Alma, que conoce las Leyes Mayores y nuestro destino. De esta forma, cuando nos entregamos a la voluntad del Alma, cuando ella guía nuestros actos, se consuma lo que está previsto para nuestra vida sobre la Tierra.

Un período de purificaciones y ajustes precede a la vida regida por la voluntad del Alma. De ese período puede formar parte lo que se suele llamar “fase del arrepentimiento”.

En el sentido espiritual, arrepentimiento es la predisposición a reconocer los errores y actuar de inmediato de modo para equilibrarlos. No es solo lamento y no debe ser confundido con la tendencia a llorar por el dolor que causamos o de pedir disculpas sin que nada se transforme en nosotros.

El arrepentimiento verdadero es un impulso para sanar las desarmonías que causamos en el pa-

sado. Si nos arrepentimos de esa manera, o sea, si comenzamos a actuar de manera equilibrada, nos preparamos realmente para nuevas etapas de la vida.

Es importante saber que cuando somos guiados por el Alma, se amplía nuestra capacidad de servir y de ayudar a los semejantes. Vemos dentro de cada ser una esencia espiritual. Sabemos que todos vienen de una única fuente creadora, y que el amor es la primera ley del sistema solar.

El amor es la capacidad de cohesión, de unión. Si no existiese, prevalecerían en el universo las fuerzas contrarias a la unidad, y este se desintegraría.

Por la ley del amor, todo ser tiene su lugar en el universo, donde puede desarrollar mejor sus aptitudes, su forma de donarse. Pero nadie es capaz de reconocer ese lugar usando solo la mente o el deseo de servir. Solo en lo profundo del ser sabemos dónde está.

Lo fundamental es buscar nuestro ser interior como prioridad en la vida. Es a partir de eso que nuestros días se van tornando puro servicio del Alma, en beneficio de cualquier persona que necesite de auxilio.

La elevación de nuestra consciencia a otros planos de vida

Información y conocimiento son cosas diferentes. Una información sobre la vida espiritual, por ejemplo, solo nos podrá llevar al conocimiento de esos hechos cuando haya en nosotros fe e intención de transformarnos y receptividad para lo nuevo. Es la fe que nos proporciona el coraje de penetrar en algo inédito. Sin ella, la posibilidad de llegar al conocimiento queda bloqueada, pues es por la fe que comprendemos que una información aún no comprobada es verdadera.

En cambio, si el saber intelectual se restringe al nivel de la información, no es conocimiento real. Si pautaamos la vida por medio del intelecto, por más informaciones que tengamos sobre la realidad esencial de las cosas, continuaremos focalizados en hechos efímeros y envueltos en el mundo material.

La vivencia asimilada es el conocimiento real. Hay cosas que sabemos incluso sin haber tenido ninguna información previa sobre ellas. Quien tiene conocimiento auténtico permanece imparcial y tranqui-

lo ante cualquier situación. Sabe que todo llega para enseñarnos alguna cosa.

En ese sentido, el conocimiento es fruto de la aceptación de los hechos de la vida; llega al aprender con ellos y transformarnos sobre la base de las lecciones que nos ofrecen.

Existen muchos planos de consciencia: el físico, el emocional, el mental, el intuitivo, el espiritual, el divino y el cósmico. Cada uno está compuesto por subniveles y tiene sus propias leyes.

Lo que comprendemos acerca del mundo es verdad en los planos de existencia conocidos por nosotros. Mas, hay otros planos, y nuestra comprensión puede ampliarse todavía más. Por eso, por más elevada y correcta que sea la vida que llevamos, es bueno desapegarnos de ella, pues hay más para descubrir.

Aunque en el universo todo provenga de una Fuente Creadora única, hay ciertas leyes de los planos materiales que poseen mecanismos de expresión muy diferentes de los de otras leyes, aquellas de los planos superiores. Tal es el caso de la ley de subsistencia, de la lucha por la vida. Ella es verdadera para quien busca las cosas materiales en primer lugar. En el momento en el que la persona comienza a transformarse y a buscar el espíritu, ingresa en un nivel de consciencia más elevado. Allí, encima de los niveles materiales, la ley que comienza a actuar es la enunciada por Cristo cuando mencionó a los lirios del campo que, aunque no tejan ni hilen, se visten mejor que un glorioso rey.

¿Por qué los lirios del campo no tejen ni hilan y están mejor vestidos que los seres humanos?

Porque el reino vegetal sigue una ley superior que el reino humano no sigue: la de la pura donación. Una flor no es bella por vanidad ni por otros motivos egoístas, sino en alabanza a la vida. Podemos observar que la alegría del reino vegetal es servir a los demás reinos con sus frutos, semillas, flores y aromas.

Otra ley que el reino vegetal sigue es la de crecer en dirección a lo alto. Esto corresponde, en el reino humano, a la aspiración espiritual. Cada plano de consciencia tiene una forma de expresar su verdad, que es un aspecto de la Verdad Única.

Nadie llega a descubrir la verdad completa; ella es revelada gradualmente ya que, por ser regidos por una ley evolutiva, habrá siempre un plano más allá de aquel en el que nos encontramos, y en ese plano superior hay una verdad más amplia. Si estamos despegados de lo que ya sabemos y abiertos a la transformación, nuestra consciencia puede elevarse de un plano a otro, y nuestra comprensión expandirse rumbo al Infinito.

Las luces del despertar y de las virtudes sublimes

Imagínese a alguien que camina por una senda sabiendo que no le llevará al destino que lo aguarda, pero sin conseguir dejarla. Busca un medio de entrar en el rumbo correcto, sin embargo acaba permaneciendo en esa senda. De repente, un fuerte viento lo arrastra hacia donde debería estar. Aunque se lastime y resulte magullado, al ser llevado de esa forma, después de vivir ese cambio expresará sincera gratitud al viento que lo colocó en el lugar correcto.

Ese cuadro representa el estado actual de la humanidad rescatable. Una parte de la humanidad sabe que está viviendo algo que se opone a la ley Mayor, de Dios; tiene plena consciencia de la desviación de los patrones de la actual sociedad, mas prosigue inmersa en ese esquema decadente.

Para que lo nuevo se instale, es necesario romper las estructuras cristalizadas que aprisionan el flujo de la energía. En medio de la ausencia de hábitos, de esquemas mentales y materiales, la luz de la verdad emerge. Revela los pasos que debe dar cada ser

que pueda unificarse a Aquello que, aún desconocido, le aporta renovación.

Es común anhelar la paz en momentos de dolor y conflicto, pero para que ella se instale en la consciencia humana es necesario que sea buscada continuamente. La paz es un estado interior en el cual el individuo se coloca en perfecta sintonía con la realidad espiritual. No es susceptible de ser perturbada por las inconstancias de la mente o de las emociones. Cuando ella se hace presente, el ser es capaz de expresar ecuanimidad tanto en las situaciones calmas como en las tempestuosas.

Señalar a los hombres la existencia de estados sublimes tiene el propósito de colocarlos en alineamiento con el potencial oculto en su propio interior. Como fruto de la perfección, la paz puede parecer distanciada de las actuales posibilidades de vida en la Tierra, sin embargo, esa aparente distancia se reduce cuando la consciencia se lanza con decisión al encuentro de ese estado.

El mañana estuvo siempre escrito en el libro de la eternidad, mas la forma como se presenta es creada en el momento en el que se manifiesta. La evolución del hombre tiende a permitir que él adquiriera virtudes que eleven su consciencia a niveles sutiles, más allá de la materia. Mientras la vida se desarrolla pacientemente, de forma interna, el espíritu va tejiendo los patrones de esas virtudes en la consciencia del ser.

Tener paciencia con la evolución de un ser es muy necesario. Un fruto retirado con anticipación del árbol tiene dificultado su proceso de maduración.

Cada consciencia tiene su exacto momento para desvincularse por completo de la vida terrestre. Solo entonces estará apta para donarse de manera plena.

Cuando un individuo deja de trabajar para sí mismo, comienzan a ocurrir milagros. Hoy, varias personas ya viven para el total cumplimiento de las leyes de Dios, y de esa forma avanzan. Visto desde las estrellas distantes, ese proceso equivale a la luz potente de un sol elevándose desde el centro de la Tierra y resplandeciendo exteriormente.

Suprema es la belleza de una obra construida por manos que trabajan en armonía; manos que unidas dejan la individualidad y dan forma a la voluntad suprema. En muchos individuos la atracción de la vida espiritual, profunda, está superando las ligaciones creadas con el mundo. Por eso, las puertas de los universos celestiales están más próximas de la humanidad.

Una instrucción espiritual dice que todo lo que podemos hacer para que el mañana sea como una alborada radiante en la Tierra es alimentar en nosotros las luces del despertar, las luces de las virtudes sublimes.

El despertar a una vida en unión con el espíritu

El compromiso, único y exclusivo, que se asume cuando se adhiere a la vida del Espíritu es manifestar la voluntad de Dios, y eso se hace con verdad, autenticidad y claridad.

En el desarrollo de la consciencia, los contactos internos que se manifiestan por medio de formas, son como cuidadosas manos que sostienen a un niño que está aprendiendo a caminar. Sin embargo, como ya vimos, esos contactos no deben constituir una meta. La aproximación de la consciencia a la realidad no debe tener ningún objetivo material, sino solo la entrega pura a esa realidad Mayor, Suprema.

Cuando el individuo tiene la capacidad de percibir la vida en planos sutiles, superiores, ese don es utilizado por Dios y se torna instrumento de servicio siempre que la necesidad así lo indique. Sin embargo, en general, una progresiva elevación va ocurriendo en el proceso evolutivo del individuo, conduciéndolo a una mayor unificación con la energía y llevándolo

más a vivenciarlo como esencia que a percibir las formas, incluso sutiles, de las cuales ella se reviste.

Cristo no vino a la Tierra a transmitir visiones o mensajes, sino que vino para manifestar la energía que traía en su interior. Su propia vida fue el gran mensaje que dejó al mundo, aunque pocos lo hayan observado en profundidad. De manera análoga, a medida que una consciencia pasa del estado de receptora al de autora, deja de ser portadora de una energía aparentemente externa para expresar la vibración de su propio ser, la parte que le cabe dentro del Todo.

Ese despertar al ser corresponde a su unión con el espíritu, y es por ese motivo que se nos dice con claridad que estamos en una etapa en la cual el espíritu ya puede transmitir a nuestro interior la cualidad que vinimos a expresar. Si la gratitud por todo lo que recibimos está presente, etapas completamente nuevas se instalan con mayor libertad, y más raros serán los casos de retorno a experiencias vividas y ya superadas.

Sin embargo, es bueno resaltar que un individuo apto para recibir indicaciones formales de los planos sutiles, espirituales, es en potencia un instrumento de servicio, y será utilizado todas las veces que surja una necesidad en el desarrollo del Plan Divino. Su apertura para eso de ninguna forma es incompatible con la evolución de su ser; al contrario, cuanto más le es dada la oportunidad de servir, él más se realiza en su destino, pues cualquiera sea la manera de expresar

ese servicio, en ella estará incorporada la plenitud de la existencia, que tiene como origen un impulso de la Fuente de la Vida.

Muchas veces situaciones planetarias, grupales o individuales le son reveladas por medio de imágenes o mensajes, situaciones que necesitan de la irradiación de energías de transformación y de cura. En el silencio de la entrega, el servidor debe estar disponible para esa tarea.

Para cada uno está definido un color y un sonido, y también por eso no hay más tiempo para procesos personales, para la búsqueda de autoperfeccionamiento o incluso para la conquista de cualidades superiores; estos son tiempos de ser, tiempos de una total despreocupación por lo que humanamente somos, de permitir que expresemos lo que de más sublime ya vive en nuestro interior.

El estrecho pasaje del reino humano al reino espiritual se torna ancho cuando es visto por los ojos de aquellos que se entregaron y que se olvidaron de sí mismos.

Vivencias internas en el camino de la búsqueda espiritual

En el Universo en permanente transformación, poco a poco la consciencia humana se va expandiendo y descubriendo nuevas formas de expresarse. Con el poder inherente al impulso que le llega de lo Alto, ella rompe las estructuras que la inercia perpetúa en la vida material. Y es así con todas las cosas, con todos los seres y con todos los reinos: cada cual, en su ritmo y a su manera, va renovando y adquiriendo horizontes de percepción más amplios.

La oración tampoco está excluida de esa expansión. La oración, desde diferentes enfoques, ha acompañado el crecimiento espiritual del ser humano a través del tiempo: le pide redimensionamiento y revitalización, como lenguaje vivo entre nosotros y Dios.

A cierta altura, llega el momento de liberar a la oración de las tendencias emocionales y mentales con las que se encuentra revestida; llega el momento de clarificarla, de retirar de ella todo contenido utilitario, de acallar los pedidos y súplicas dictados por la

voluntad humana de ayudarse a sí mismo o a otro sin saber cuál es el verdadero bien para cada persona.

Y muchos son los que necesitan trascender esa larga etapa basada en reivindicaciones y buenas intenciones que, aunque positivas en apariencia, terminan interfiriendo de modo indebido en la vida de otros, a quienes se quiere beneficiar con la oración.

Según la enseñanza esotérica, la oración suplicante es un tipo de control individualista con finalidades impulsadas por el libre albedrío, siempre condicionado por la limitación mental. Diferente es el movimiento de la consciencia que busca desplazarse hacia áreas sutiles, de aspiración pura, y que quiere encontrar su punto de referencia más allá de la propia alma. En ese mundo interior el libre albedrío no se fortalece, pues reina la voluntad del espíritu.

En realidad, la oración se proyecta en el mundo como pacificación de deseos y de pensamientos, y también como interrupción de acciones superfluas. Incluso sin saber y sin dirigir nada, la persona en oración abnegada estimula transformaciones en los demás: irradia claridad y lucidez hacia el aura planetaria. La oración es, por lo tanto, instrumento de servicio al mundo y, para ser eficaz, debe nacer de la humildad.

Adhiriendo a un impulso ascensional, muchos anhelan una comprensión menos teórica de las realidades sutiles y profundas de sí mismos. Esa transferencia de la atención hacia los niveles sutiles e in-

ternos, amplía considerablemente la consciencia y se refleja, por ejemplo, en la naturaleza de la oración, transformándola, elevándola. La oración, entonces, se transforma en la misión de codificar la nueva comunicación entre el Creador y la criatura. La oración se torna un diálogo entre la persona y el Silencio Absoluto, basado en la Fe y sin objetivos que no sean la unión, como una gota de agua cayendo en el mar.

El despojamiento de las características humanas y la focalización en un estado interior de vaciamiento creciente, donde pueda encontrar reposo en Aquel que todo ve, todo puede y todo conoce, es el paso que para muchos hoy se anuncia en la vida de oración. La única aspiración que permanecerá en ellos es la de que el poder del espíritu prevalezca sobre la materia y actúe sobre el alma despierta para que sirva de manera cada vez más altruista e incondicional en pro de la Evolución.

La oración lleva a la persona a descubrir y a comprender mejor lo que de hecho sostiene a la vida.

La luz pura que se revela en el camino espiritual

“Camino espiritual” es un término de amplio significado y puede designar al proceso de expansión de la consciencia del hombre. Se presenta de modo diferente para cada uno, ya que depende del grado alcanzado y de los aspectos que debe desarrollar el caminante. Lo que es espiritual para un individuo puede no serlo para otro; por eso, las generalizaciones son inútiles.

El camino espiritual consiste sobre todo en la penetración de la consciencia en estados cada vez más elevados, hasta consumarse la unión con el Espíritu, cuando se inicia una trayectoria que va más allá, una trayectoria cósmica. Es un camino al que se debe ingresar sin expectativas, sabiendo de antemano que solo se trata de un progresivo olvido de sí mismo y de superación de los propios límites. Pocos lo siguen de hecho, pero los que lo hacen se integran en principios cada vez más amplios y universales, prestando así una inestimable ayuda a la evolución no solo de quienes lo rodean, sino también de todos los seres vivos sobre la Tierra.

En el camino espiritual la pura luz se va revelando gradualmente. Desvanece ilusiones, llega a los rincones más velados de la consciencia y trae la certeza del rumbo que se debe seguir. Esa senda está más allá del conocimiento intelectual, de la manipulación estéril de conceptos, y conduce a la sabiduría. En ella no se trata de ver, oír, sentir ni tocar ninguna cosa para el deleite personal, sino permitir que la luz del espíritu se aproxime, envuelva e impregne al ser entero, realizando su Obra sobrenatural.

Sobre todo en las fases iniciales del camino, es inevitable el surgimiento de aspectos no positivos del carácter, aspectos antes inconscientes y cuya transformación consume gran parte del potencial disponible para la ascensión; sin embargo, esa transformación se facilita cuando el olvido de sí y la donación se establecen en cierto grado. Se comienza a percibir el valor de la acción impersonal, silenciosa e invisible. Para avanzar es necesario osadía, valentía y coraje, así como también prudencia, silencio y receptividad a lo que proviene de lo profundo del ser.

La ansiedad por decidir el rumbo a tomar, debe ceder lugar a la rendición al mundo interior. Profundizar el silencio y amar la esencia interna permite a la persona reconocer los pasos que le caben dar. Cuando ella se une a ese lado interno, a su alma, tiempos de intensa actividad o de reposo, de luchas internas o de bonanza comienzan a tener valor equivalente.

En cierto sentido, lo que distingue a un hombre común de aquel que se dedica al camino espiritual es el modo de relacionarse con la vida externa y con lo que es creado por su mente y sus emociones. Mientras el hombre común se identifica, se emociona y se involucra con la vida personal y externa, el que sigue el camino espiritual “está en el mundo sin ser del mundo”, según el decir de Cristo. La propia experiencia de la vida le va mostrando el profundo y amoroso sentido de esa expresión del Gran Instructor.

Los que buscan recorrer la senda interior tienen que abrazar un positivo estado de insatisfacción que no los dejará estancarse en ningún punto, por mejor que sea, de modo que estén siempre dispuestos a proseguir rumbo a la meta. Así, el camino puede serles revelado. Tienen que estar en todo instante listos para morir y para renacer. Esa prontitud tiene que penetrar sus células.

El peregrino debe acallar la voz que clama por lo que le es conocido, serenar al corazón y prepararse para escuchar lo inaudible.

Vislumbre de la perfección que aguarda a la humanidad

Realidades que en el pasado eran conocidas por pocos integran hoy el día a día de los que, con pureza, se dirigen hacia el mundo interno, espiritual. De esta forma, muchos son los que se aproximan a nuevas expansiones de consciencia, o incluso que ya las están experimentando.

En nuestros días, un intenso estímulo evolutivo impregna a grupos cada vez mayores y más preparados. Los seres humanos que despiertan ven desplegarse frente a ellos extensos horizontes, mientras que otros, adormecidos, prosiguen mirando hacia atrás.

No se puede comprender la esencia de una obra espiritual sin considerar la vida interior del alma que la inspira y la anima. Así como la llama surge del fuego, así es la vida interior que despierta y prepara a la consciencia del hombre para asumir funciones junto a Dios, junto a las huestes angelicales.

En la preparación interior de un ser es necesario tener presente que la consciencia no es iluminada por entero de una sola vez. La clarificación y la amplia-

ción del aura se realizan poco a poco, con cuidado, en la medida en que la energía de la persona se ajusta a cada paso que ella va dando. Es como penetrar una floresta jamás explorada. Según cómo se ingresa en ella, el camino recorrido abre rendijas para que la luz llegue adonde se está y, con persistencia y paciencia, se remueven los obstáculos y se percibe cuándo se debe reunir energías para avanzar nuevamente. Y es necesario, sobre todo, emprender esa formidable aventura como alguien que vive a plenamente lo que ella significa.

El papel de la presencia del hombre en el mundo de la materia está por ser reconocido. El universo físico del cosmos es un gran plasma de vida y energía en diferentes grados de condensación, y cuenta con la humanidad para expandirse, así como la masa cuenta con la levadura para leudarse. En lugar de explotar a la materia, como el hombre lo viene haciendo, sería necesario que este se unificase a la meta que ella debe alcanzar. Al comprender esa meta y contribuir con su evolución, la humanidad no se desviaría del camino, pues la meta conoce el destino de todo lo que tiene vida, y a todos los conduce de manera correcta.

Incluso en estos tiempos, de aparente desequilibrio, se puede ver que en la Tierra el reino vegetal, por ser más receptivo a sus metas internas, espirituales, es canal de expresión de la belleza y actúa como un potente vórtice purificador de energías. Todos los Reinos de la Naturaleza pueden alcanzar esta armo-

nía. Profundamente bello es un universo material donde los seres, que en él evolucionan, responden de manera adecuada a patrones superiores, y a eso tenemos que llegar.

La ofrenda al servicio impersonal es un factor benéfico y equilibrador en la vida de una persona. Esto ocurre por la intensa estimulación proveniente del propio trabajo y por la autodisciplina externa que se requiere de forma normal en su cumplimiento. De modo general, el servicio se torna el ejercicio espiritual de esos seres.

Se puede reconocer lo puro como puro y lo turbio como turbio, sin que con eso se emita juicio, a fin de que la consciencia crezca en discernimiento y sabiduría, según la Ley de Dios. No obstante, esa misma Ley se revela de acuerdo con las posibilidades de entendimiento del hombre.

Observando las grandes superaciones conseguidas sobre las fuerzas de la materia por individuos considerados santos, iluminados o guías de la humanidad, se puede vislumbrar la perfección que aguarda a la humanidad. Sin embargo, para que el viejo hombre sea trascendido y el ser se aproxime a su realidad profunda, son fundamentales la decisión, el ímpetu y la tenacidad en avanzar.

La vida vista por el alma se torna más amplia

Cuatro individuos querían ver un árbol simbólico, muy famoso. Alguien, que lo conocía bien, se ofreció para conducirlos hasta él, uno por vez. Llevó al primero durante el invierno, cuando el árbol solo tenía tronco y ramas, ya que las hojas habían caído. Pasado algún tiempo, llevó al segundo y, como era primavera, las hojas estaban comenzando a brotar. Después, en el período del verano, llevó al tercero y este vio al árbol florecido. Finalmente, en el otoño llevó al cuarto, que lo vio cargado de frutos.

Después de esas visitas, el guía reunió a los cuatro y les pidió que describiesen el árbol. El primero dijo haberse admirado que fuese tan famoso, pues no vio nada, excepto ramas desnudas. El segundo dijo que aquel era un árbol normal, con algunas hojas, pero sin cualidades notables. El tercero dijo que era una planta bellísima, con flores llenas de vida, y el cuarto dijo que en realidad el árbol merecía la fama que tenía, pues sus frutos eran copiosos y de gran valor.

Hay quien se refiere a esa historia para ilustrar cómo la mente común ve de forma parcial. En cada

momento las cosas cambian y, aún así, la mente continúa definiéndolas según lo que es capaz de captar con sus escasos recursos. El alma, a su vez, sabe que nada es fijo y cuando habla con nosotros, demuestra la universalidad de sus perspectivas. Cuando nos da una señal sobre algo, lo hace como una síntesis. En el caso del árbol, el alma vería de una sola mirada los diversos estados de la planta, completos y depurados de lo superfluo.

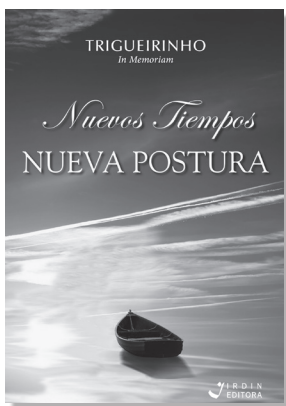
Cuando estamos libres del control del cerebro físico y, por lo tanto, en condiciones de penetrar realidades más amplias, desaparece la actitud común con la cual enfrentamos las situaciones. Por medio de los sueños, conocemos un mundo al que los sentidos comunes no tienen acceso.

Para comunicarse con nosotros, el alma utiliza elementos de nuestra propia memoria. Por eso, un símbolo percibido por un individuo, en general, es adecuado solo para él. Si al ver un símbolo le pido a un analista común que lo interprete, puedo llegar a las más diversas e interesantes lecturas de ese símbolo. Sin embargo, el camino más corto y más seguro, sin duda, es silenciarme frente a lo que vi, dirigirme hacia el centro de mi ser y aguardar que el significado llegue de allá. Eso es así, porque en algunas ocasiones, el alma usa símbolos que se refieren a nuestra experiencia interior y espiritual. En ese caso, solo nosotros mismos tenemos acceso al verdadero sentido de ellos.

La forma de actuar del alma difiere de la forma de actuar de la personalidad. La personalidad valora en base a su propia experiencia. El alma, por traer consigo la experiencia de un nivel elevado, sutil, y la sabiduría del nivel en el que vive, muestra un cuadro mucho más amplio y abarcador de la creación y de los mundos que el cuadro del que la mente puede concebir. Al mostrar por ejemplo, a través de un sueño, que un personaje está a oscuras, el alma lo hace sin excluirlo de la totalidad de la vida y sin eximirnos de la responsabilidad por lo que pueda estar sucediendo con ella. Siendo la vida una totalidad, no hay situación ajena que no se relacione con nosotros ni tampoco hay acto nuestro, físico, emocional ni mental, que no se refleje positiva ni negativamente sobre los demás.

Ese es el punto de vista del alma, universal. Si estuviéramos receptivos a él, aprenderemos a ser más amplios y compasivos.

Otro libro de Trigueirinho publicado por
Irdin Editora



**NUEVOS TIEMPOS,
NUEVA POSTURA**

TRIGUEIRINHO

133 PÁGINAS | 13,5 x 19,5 CM

El despertar de la Tierra no depende de una decisión humana. Sea cual sea el camino asumido por la parte perdida de esta humanidad, la liberación y la luz se implantarán en este planeta. Eso está decidido por el Universo y por esa razón los hermanos del Cosmos están presentes.

www.irdin.org.br

Esta época presenta grandes desafíos.
Los valores éticos parecen haber
desaparecido, los diferentes sistemas
de gobierno se muestran inadecuados,
la violencia y el hambre aumentan
sin límites, la ciencia se pierde en tecnologías
y la Naturaleza, explotada, reacciona.
No obstante, la desesperanza está con
los días contados. Un nuevo estado
de ser surge en diversos puntos del planeta,
y un número cada vez mayor de personas
comienza a reconocer una
mente superior.